



8

Morena Clara



Argentine • Argentina • Manuel • Manuel de Luna

~~Ismael
Castro~~

~~J. L. L.~~

Villamandante 20-8-1959

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

(Colección B)

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18611 - Barcelona

MORENA CLARA

Maravillosa Superproducción nacional, según la
aplaudida obra de Quintero y Guillén

Dirección de
FLORIAN REY

Música del maestro
RAFAEL MARTINEZ

Cantables de Quintero y Guillén y maestro Juan Mostazo («Morena Clara» y «Fandanguillo»); Ramón Perelló, Sixto Cantabrana y maestro Juan Mostazo («Farsa monea» y «Échale guindas al pavo»)

Editada por la prestigiosa firma

CIFESA

Mar. 88 - VALENCIA

Valencia. 233 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES:

IMPERIO ARGENTINA

MIGUEL LIGERO

Manuel de Luna

Pepe Calle

Maria Brú

Porfiria Sanchiz

Manuel Dicenta

Carmen de Lucio

Emilia Iglesias

Luchy Soto

Guillermo Figueras

Julio Sanjuán

José Francés

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11



MORENA CLARA

Argumento de la película

Carretera adelante marchaban los dos gitanos. Carbosa y gentil ella, contoneando su cuerpo serrano con esa gracia única de su raza, caminando con paso ligero, como si no pisara las piedras del camino, balanceando los brazos azorros y cimbreando la cintura delgada en torno a la cual los pliegues de la falda de colorines brillantes ponía movible aureola de gracia y donaire. El con su amplio sombrero clavado hasta los ojos, el pelo relamido y negro asomándole por bajo del ala del calañés, la chaquetilla corta y el calzón estrecho miserable y raído por todos los vientos, todos los soles, todos los barros y todas las lluvias de la tierra, de su tierra, de aquella bendita Sevilla en donde habían nacido y de la que no podrían alejarse nunca.

—¿Cuánto farta?—le preguntó ella, menguando el paso y dando un hondo suspiro.

—Poa me creó que poco ha de faltar.

—Por poco que sea yo no paro más... estoy reventá—dijo la gitani-lla, sentándose de rondón en uno de los hitos de la carretera.

—¡Pero hermaniya, si la venta de "Los Plásticos" ha de estar muy cerca!

—Amos a vé ¿qué es lo que dice aquí?—preguntó la muchacha, señalando las letras que destacaban su pintura negra sobre la blanca piedra del hito, donde se leía: "Sevilla. 5 K".

—Dice... dice...—murmuró el gitano rascándose la nuca—que farten cinco milímetro pa llegar a Se-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

viya y la venta de "Los Plátillos" ha de estar muy cerca.

—Pos te yegas tú a oya, que yo me quedo aquí.

—Hermaniyya, no seas ansina, mujé... Tú m'has prometido ayudarme.

—Pero es que a mí me parece que vamos a hacé una cosa mal hecha.

—¿Si no va a ser ná!

—Lo que vamos a hacé es un roba.

—¡Mujé, cuidiaito con cambiar el mate! Vamos a hacé una sustracción, ¿has entendido? una sustracción... y eso no está penao por la ley.

—Pero... ¿y si caemos en manos de los civiles?

—¡Quita ayá!... La trama está bien pensá... ¿Te acordarás de tó? No se te orvíe el cuento de los ingleses... Verás como tó sale bien y no nos pasa ná... Vamos, vamos andando...

El gitano tiraba a la gitanilla de la mano, queriendo convencerla. La chica se hacía la obstinada, pero no tuvo ánimo para luchar mucho contra la voluntad de su hermano y por fin se levantó y le siguió, si no de muy buena gana por lo menos con buena voluntad.

Marcharon camino adelante, por entre las chumberas y las pitas que

alzaban sus grandes hojas hirsutas a lo largo del camino destacándose en el cielo claro de la tarde veraniega llena de rumores y vibrante de vida.

—¡Ay, Regalito, que le tengo miedo a la faena!—suspité la gitanilla mirando a su hermano con sus grandes ojos llenos de susto, con sus pupilas brillantes, negras, en las que había una luz de angustia.

—Mia, Trini, tú no tiés que hacé na máa que lo que yo t'he dicho: ¡No tengas miedo, mujé, que d'algo hemos de viví!

Trini se calló haciendo un leve movimiento con su cabeza atrosa, movimiento que expresaba duda, temor, ingenuidad y audacia al mismo tiempo.

Iban camino de la venta de "Los Plátillos", aquella venta que se había hecho famosa en todo Sevilla por el buen jamón y los bocadillos de anchoas y aceitunas que en ella se vendían para ser regados con la manzanilla sabrosa, aquella manzanilla que tenía en el alma todo el sol de Andalucía por su ardor y por la alegría que daba a los buenos catadores de las "cañas" del tío Miguel.

Miguel López era el dueño de la venta de "Los Plátillos". Sabía bien su oficio y sabía tratar a los clientes. Los jamones, las anchoas, las

arritunas, los pepinillos, todo cuanto venía para despertar la sed, estaba tan sabiamente condimentado con vinagre y especias fuertes que el que estaba uno de aquellos bocadillos tenía necesidad de media docena de "cañas", y el que había bebido media docena de "cañas" ya no paraba hasta haber consumido toda su capacidad líquida, quedando luego tirado bajo una mesa o marchando por la carretera describiendo unas curvas que, en verdad, nada tenían de geométricas, por lo irregulares y lo vacilantes de su trazo.

Acudían a la venta del tío Miguel los señoritos de Sevilla amantes de las frascachelas, del buen canto, del rasgueo de la guitarra y de los golpecitos secos de las castañuelas repiqueteadas con gracia por una de aquellas gitanas que se llegaban a la venta y que enarcando los brazos, cimbreando la cintura, juntando mucho los piecitos bailadores, comenzaban a mover las caderas en un ritmo rotativo y gracioso que se acoplaba deliciosamente al chasquido de los palillos manejados por sus dedos hábiles y al sonido de la guitarra y a los "olé" de los espectadores entusiasmados por la gracia innata de ese pueblo raro y apasionante formado por la gitanería andaluza, la más graciosa,

chispeante, noble y sandunguera de todas las gitanerías del mundo.

Miguel López, el tío Miguel, como le llamaban todos, se estaba en la trastienda de la venta, entre botellas de manzanilla y bocadillos sabrosos que iba entregando al muchacho que le ayudaba en el trabajo de servir a la clientela. Desde la trastienda escuchaba el rasguear de las guitarras, las voces de los cantantes que lanzaban al aire sus "quejíos" en largos y retorcidos ayes que se curtian dentro del corazón y cosquilleaban en él y dejaban en todos los rinconitos del espíritu una chispa de alegría, como si fueran mismamente gotas de manzanilla hechas armonía, y las risas de las mujeres y el chasquido de los taconitos de las bailarinas que daban en la madera del pavimento con golpecitos secos y rítmicos que se acotopaban al de las castañuelas.

El muchacho que servía las mesas se acordaba de vez en cuando a la puerta de la trastienda y daba en voz alta una orden escueta que el tío Miguel se apresuraba a cumplir. Es decir, se apresuraba todo lo que podía apresurarse aquel hombre cansino, perezoso, indolente, amante del sol, de la luz, del aire y del no hacer nada y que trabajaba únicamente para poder retirarse prom-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

to a descansar de aquella vida *fatigosa*... que hacía llevar al activo muchacho que le ayudaba en las tareas de la venta.

La clientela, aquella tarde, estaba formada por un grupo de cinco o seis personas, hombres y mujeres, que reían animados por el vinillo sabroso, lleno del sol de la tierra, por aquella manzanilla que habían apurado caña tras caña y que les producía unos cosquilleos extraños en todo el cuerpo y les ponía chisibitas en los ojos brillantados por el alcohol y chusquedades en los labios animados por el calorcillo del buen mosto.

—¡Dos raciones de anchoas!— gritaba desde la puerta el muchacho, con un ojo puesto en la clientela y otro en el amo, porque no había que fiar mucho en los clientes que acudían a la venta en aquellos días calurosos del verano, y mucho menos cuando ya se llevaban tiradas al cuerpo más cañas que las que arrastra el río en el invierno.

Miguel, con su paso cansino, se acercaba al mostrador, cogía un plato, lo llenaba con las anchoas aplastaditas y saladas y lo entregaba al chico que corría con su infatigable actividad a servirlo a los clientes.

—¡Cuatro de jamón!— gritaba al

poco rato, volviendo a asomarse, con la bandeja en una mano y en el hombro el paño limpiísimo que confundía su blancura con la blancura alba de su chaqueta de hilo.

Miguel subía al desvancillo donde tenía colgados los jamones, magníficos serranos que estaban curados con esmero y que eran, después de la manzanilla, lo que había dado más fama a su venta, la mejor surtida de todos los contornos de Sevilla. Cortaba Miguel las lonjas de jamón con un arte inimitable, haciéndolas tan finas, tan transparentes, tan delgadas, que casi llegaban a ser invisibles para que así, cada pieza de jamón cortada por su mano experta, rindiera más pingüe ganancia. Con las lonjas de jamón cortadas en aquel estilo suyo tan peculiar bajaba la escalerilla y las entregaba al chico, que volvía a desaparecer tras la puerta que daba al "reservado", que así llamaba pomposamente Miguel López a un corredorito que tenía al amparo del sol y del aire para aquellos que querían hacer farta en sitio menos visible que el patinillo o el emparrado del exterior de la venta.

Los del "reservado" recibían a gritos al muchacho, le decían mil graciosas ocurrencias y volvían de nuevo a cantar y a tocar las guitarras mientras las mujeres bajaban

en torno a la mesa. Estaban alegres como un rayo de sol emborrachado de manzanilla y se reían con las frescas carcajadas que da una borrachera optimista.

—¡Seis cañas!—volvió a decir, a los pocos momentos, desde la puerta, el activo servidor.

—¡Esa gente nos va a secar!—dijo el tío Miguel, yendo a cumplir la orden.

—Déjeles usted, tío Miguel, déjeles que beban!... En cuantito que s'hayan bebido unas cañas más, les podremos dar agua del poso y seguirán creyendo que es manzanilla...

Debió parecerle al tío Miguel acertada la ocurrencia del muchacho, porque nada replicó y hasta le dirigió una mirada de simpatía, cosa que no acostumbraba prodigar aquel hombre avaro que explotaba a los clientes y al chico que le servía y hasta se llegaba a explotar a él mismo para obtener más rendimiento en el negocio, siempre con el ansia de poder dejar algún día el trabajo duro de la venta.

Por la puerta trasera, la que daba al emparrado y en seguida al campo, entró Trini, la gitanilla graciosa y bonita, con su aire arrogante y su andar cadencioso:

—Buenas tardes nos dé Dios, tío Miguel—dijo al entrar.

—Buenas, Trini. ¿Qué te trae por aquí?

—Poa... pos mire usted... unos ingleses... —replicó Trini, mirando con sus grandes ojos al ventero.

—¿Unos ingleses?

—Sí, señó... Na, que les conocí, que les cal en gracia, que pa eso tié una ese parmito bonito y esos ojos, y ese auge, y ese na sé qué que cautiva... y que m'han pedido de venir a cantar y a bailar pa ellos. Y aquí estoy—dijo Trini con una sonrisa que era un poema de simpatía y de gracia.

La miró Miguel de soslayo, un poco receloso pero cautivado al mismo tiempo por la gracia de aquella criatura y le dijo:

—¿A qué hora van a venir?

—A las seis... Eso m'han dicho... Vamos a ver si es verdad.

—Verdád será, cuando te lo han dicho.

—Tié una que ganarse unos realillos... y los ingleses pagan bien—siguió diciéndole la Trini, dando ceba al tío Miguel y siguiendo ansiosa todos sus pasos.

No parecía el tío Miguel dispuesto a abandonar la trastienda. Había que esperar la ocasión propicia para ejecutar lo que "Regalito" le había indicado y Trini no se impacientaba. Estaba acostumbrada a esperar. Días había que esperaba des-

de el amanecer al otro amañecer a que cayera del cielo algo que comer y tenía que seguir esperando hasta que se presentaba la ocasión de echar mano a cualquier cosa. A Trini no le importaba esperar.

El muchacho había entrado y salido varias veces, pidiendo nuevas cosas para los clientes. Pero Miguel estaba allí quieto, como clavado ante el mostrador, como dispuesto a no perder de vista a la gitanilla que se paseaba de un lado a otro o se sentaba al borde de una mesa arreglándose con coquetería los rielllos graciosos que le caían sobre la frente muy pegaditos, muy atusados en retorcidos chavos que se destacaban sobre su frente tersa y mate.

La ocasión que Trini esperaba desde hacía más de tres cuartos de hora se presentó. Sonó en la carretera, insistentemente, la bocina de un automóvil. Debían ser algunos turistas que querían apagar la sed o calmar el hambre y que llamaban al ventero para no tener la molestia de bajar del coche.

Miguel salió despreocupado ya de la gitanilla y volvió a entrar a los pocos momentos, cogió una gran bandeja y poniendo en ella diversas provisiones, volvió a salir sin mirar ni siquiera a la Trini.

La gitanilla asió los pasos del

tío Miguel, vió que se llegaba al auto y que los que lo ocupaban comenzaban a comer y a charlar con él y pensó que la ocasión había llegado.

Ligera como una gacela, sin hacer ruido con sus pasos que parecían alados, subió la escalerilla que llevaba al desván, descolgó un jamón, abrió la ventana y haciendo una seña a alguien que debía estar en el campo esperando, lo arrojó por la ventana, haciendo lo mismo, rápidamente, con los demás jamones que estaban colgados en espera de que la clientela de la venta los fuera consumiendo. Luego, cuando ya no quedó más que un hueso pelado colgando del techo, se asomó con cautela, vió que nadie había en la trastienda, y huyó presurosa para que no pudieran darse cuenta de su ausencia.

Aun tardó un momento en entrar el tío Miguel, que venía de servir a los turistas, y poco después entró el muchacho a pedir más bocadillos y nuevas cañas. En aquel momento un reloj de caco anunció las seis menos cuarto. Trini se asustó y miró pasmada al pajarito que se asomaba a la puerta a decir su canción:

—Ca-cá, ca-cá, ca-cá...

—Oye, niño, ¿qué dice ese pa-

Jariyo? — preguntó Trini al camarero.

— Díase que son las seis.

— ¡Las seis! ¡Jesú, qué susto m'ha dao el animalito!

— Ya no tardarán en llegar tus inglesas — añadió el ventero.

— Si yogan... ¡Siempre la ena-bian a una!... ¡Como la ven probe!

— Vamos, Trini, que el que te engañe a ti aun tie que naser — replicó el mozo, antes de desaparecer tras la puerta que llevaba al comedor.

A tiempo de salir el mozo, y por la puerta trasera, entraba en la tienda "Regalito" con un gran saco al hombro. Trini se hizo la desentendida, como si no conociera a aquel gitano. "Regalito" tampoco dió muestras de fijarse en la chica, puesto que se dirigió al tío Miguel, dejó el saco en el suelo, sacó de él unos magníficos jamones y dijo, secándose el sudor de la frente:

— Don Migué, tome usté eso y métalo en la alacena.

El tío Miguel miró los jamones que despertaron en sus ojos un poco de codicia y replicó haciéndose el indiferente:

— Grasiá, no me hacen falta. Tengo de sobras... Y ahora están bajando mucho.

— ¡Mucho! — exclamó Regalito

abriendo tamaños ojos —. ¡Como que éstos son tirasos!

Trini tuvo que volverse de espaldas para disimular su risa. La verdad es que tenía gracia y ángel aquel Regalito.

— Además — siguió diciendo Regalito con aplomo y descaro — esos jamones son de usté, no me vaya a desí que no.

— Pues te digo que no, hombre, que no me hacen falta.

— Y yo le repito que son de usté.

— Que no, hombre, que no.

— Que sí, don Migué, que son suyos y no vamos a discutir ya más — repitió Regalito, haciéndose fuerte.

— Bueno, ya que te empeñas... ¿Cuánto quieres por ellos?

— Verá usté... yo... ná, lo que quiera darme — sonrió Regalito, rascándose la nuca y dando una mirada traviesa a su hermano, como para convencerla de que la tarea era cosa fácil y divertida.

— Bien... te daré... quince duros... A seis reales el kiló, no puedo pagar más — dijo el ventero, sacando su cartera y entregando a Regalito dos llamapies billetes de cincuenta y veinticinco pesetas, respectivamente, que éste se apresuró a guardar en la faltriquera.

— Pero entérrese usté bien que no me paga más que los portes... —

afirmó Regalito mientras guardaba el dinero—. Ahora, que he dicho que son de usted y yo no me vuelvo atrás... Con Dió, don Miguelito, con Dió...

—Con Dió, buen hombre—replicó Miguel sin dar importancia al asunto y frotándose las manos de gusto en cuanto hubo desaparecido, pensando en el negocio redondo que acababa de hacer. ¡Nada menos que a seis reales el kilo de jamón! Con aquellos jamones podría ganar más que en un año de trabajo honrado. Salíó de la trastienda y se quedó mirando el firmamento extasiado, como si acabara de caerle en casa un pedazo de paraíso con aquellas jamones comprados a un precio irrisorio. Trini se quedó sola, pero no por mucho rato, porque entró en la trastienda, viniendo del comedor, Rafael, el señorito simpático, alegre, dicharachero, que muchas veces había hecho bailar a la Trini y que la camelaba con muchos halagos porque era bonita y porque, sobre todo, era honrada, lo que añadía un nuevo encanto a aquella gitana salerosa por la que habían las vietas más de cuatro caballeros.

—¡Trini!—exclamó Rafael sorprendido al verla.

—¡Rafael!... ¿Qué haces hoy en la venta?

—He venido con unos clientes amantes de la jerga... Ya ves, no se puede desatender a la clientela... si no, no se vende ni un automóvil.

—¿Cuántos han vendido en lo que va de mes?

—Ninguno... Pero venderé, venderé; estoy seguro de que esos gachos no se marchan hoy sin haber firmado contrato. ¿Dónde está el tío Miguel?

—Ha salido ahí fuera, al empujao, ¿qué le quieres?

—Que nos dé unas lonjitas más de jamón.

—¿De jamón?—preguntó Trini abriendo mucho sus ojos enormes.

—¿De jamón has dicho?

Y salió corriendo. El tío Miguel, al verla marcharse, le gritó:

—Pero ¿y lo inglés?

—¡En Inglaterra!—replicó sin detenerse la gitana.

Rafael se había quedado anonadado por la rápida fuga de la chiquilla y pidió con naturalidad lonjas de jamón al ventero.

—¡Sube tú a cortarlo, Ramón!—gritó Miguel al mozo.

Eso subió al desvancillo y comenzó a gritar desahoradamente:

—Patrón, patrón, patrón... ¡que nos han robao los jamones!

El tío Miguel se dió un portazo en la frente al comprender súbita-

mente la mala partida de que había sido objeto, y exclamó:

— ¡Dita asaf... ¡Nos han robao!... ¡Bandidos!... ¡Han sido esos malditos gitanos!... ¡Pa algo desía el muy sinvergüenza que esos jamones eran míos!... ¡Ladrones!... ¡A la guardia civil los voy a denunciar!

Salió corriendo en persecución de Trini y de su compañero. Andaban ya lejos, ocultándose entre las chumberas y las pitas. Para correr mejor Trini se descalzó y llevaba los zapatos en la mano. Regalito la precedía, corriendo arnizado por el miedo de que le quitaran los quince duros más que por el miedo de que le detuvieran. Estaba de sobras acostumbrado a aquellas detenciones y sabía que siempre le absolvían, aunque tuviera que permanecer en el calabozo unos cuantos días.

El tío Miguel perdió la esperanza de atraparles, pero sabía que la guardia civil les echaría pronto el guante y que, si no recuperaba su dinero, por lo menos podría vengarse de aquellos gitanos que no habían hecho otra cosa más que abusar del abuso que él quisiera cometer con ellos.

En efecto, poco después Regalito y Trini iban entre una pareja de la guardia civil, carretera adolan-

te, camino de Sevilla. Trini lloraba y se desesperaba, mientras Regalito permanecía en silencio, porque se reconocía culpable.

— ¡Ha sido por tu culpa, mal ange... ¡Yo no quería robá!... ¡Por tu culpa, mal hermano, que metes a una probecita inosente en eso malo paos!

• Enfadecida, arremetió contra Regalito a puñetazos y puntapiés, le tiró de los pelos, le dió bofetadas a granel y los guardian tuvieron que separarles...

La casa era un primor, una de esas señoriales casas sevillanas en donde todo es elegancia, estilo y sentido de la estética y de la belleza.

La cancela, de artístico encaje de bronce, se abría en un patio de los más bellos de Sevilla, un patio grande, espacioso, con su fuente en el centro que desgranaba la canción siempre eterna y siempre nueva del agua cayendo en la taza de mármol, y con las floridas macetas que todo lo embellecían con la gama de los colores más diversos y el aroma de las flores. Había macetas en torno a la fuente y macetas al pie de las columnas y macetas en todos los rincones. Sin duda, encontrando

aún chico el patio para contener todas las flores que su ama adoraba, se habían colgado macetas bajo los capiteles de las columnas y en el friso de las paredes.

Las flores eran la pasión de doña Teresa, el ama de la casa. Había dedicado toda su vida al cultivo de aquellas flores que herraseaban su patio sevillano. Y había creído morir de nostalgia en los años pasados en Valladolid, cuando su marido, por razones de su cargo, había sido trasladado a la ciudad castellana, fría, helada para la andaluza llena de añoranza del sol de su tierra y de su cielo siempre azul y de sus flores siempre frescas.

Al volver a Sevilla su amor a las flores había aumentado con esa proporción sin medida con que aumentan las cosas prohibidas. Llenó la casa de macetas y era esclava de ellas, enojándose con aquellos que no ponían en el cuidado de las amadas flores el mismo entusiasmo que ponía ella.

Doña Teresa tenía dos hijos a los que había cuidado con tanto cariño como a sus plantas. Y tenía, como es lógico, un marido que aceptaba con gusto las manías inofensivas de su mujer, en gracia a su simpatía, a su encanto peculiar y al carácter campechano de la que era santa entre las santas, pero no

una santa triste y mística al estilo del Greco, sino una santa en plenitud de gracia, de vida, de donosura, como las de Murillo.

El carácter jovial de aquella andaluza castiza, de pura cepa, había embellecido la vida de don Elías, aunque, como hombre, había tenido sus correrías con otras mujeres que sólo le ofrecieron el atractivo de lo desconocido y el sabor de lo vedado, porque don Elías quería a su mujer y a sus hijos y no les hubiera dado nunca un disgusto a cicodis y conciencia. Pero aquellas correrías habían ya pasado a la historia, porque ahora había canas en la cabeza de don Elías y canas también en la venerable cabeza de doña Teresa que, aunque envejeciendo de cuerpo, conservaba el espíritu ágil, juvenil, alegre, optimista, un poquito supersticioso y un mucho fanático que forma el fondo del alma andaluza.

Los dos hijos de aquel matrimonio eran los dos polos o acaso todavía más distintos que los dos polos en donde hay los hielos eternos que les asemejan: en Rafael y Enrique nada había de común. Rafael era el señorito andaluz todo dinamismo, todo gracia, todo desenfado. Pensaba sólo en divertirse, en jugar con los amigos, en pagar buenas faras en las ventanillas a las que

acudía con amiguitas y amigos que sabían chuparle el dinero y animarle a que gastara más y más, aunque Rafael no contaba con más entrada que la generosidad de su madre, que con ser mucha, no daba a veces alcance a los gastos cada día mayores de aquel manutrito que había hecho de la vida una juega perpetua.

Enrique, en cambio, era toda seriedad, reconcentración, rectitud de espíritu, esclavo del deber, sometido a su conciencia de la que no se apartaba ni un ápice, siguiendo el camino recto que le trazaban sus sentimientos acrisolados por una voluntad firme de obrar bien que nada ni nadie hubieran podido nunca torcer. Había estudiado la carrera de leyes y era actualmente, contando apenas veintiocho años, fiscal de la Audiencia de Sevilla y terror de todos los delincuentes que se sentaban más de una vez en el banquillo de los acusados y que conocían la frase certera y los vericuetos por los que se deslizaba el señor fiscal para llegar directamente a la verdad del crimen o del delito cometido.

Estudioso desde muy niño, había hecho el bachillerato en menos de la mitad del tiempo que habían empleado sus compañeros de escuela y había cursado la carrera a marchas

furtadas queriendo crearse una posición independiente y no ser la rémora de sus padres como lo estaba siendo aquel disipado Rafael que no contaba más que con el dinero paterno para cubrir sus necesidades y para fomentar sus vicios. Enrique no tenía ningún vicio, pero Rafael los tenía todos. Como decía Rafael, era la ley de las compensaciones. Si todos, en la casa, hubieran sido como su hermano Enrique, aquella casa, en vez de ser un nido de amores y de alegrías con las flores de doña Teresa y las risotadas de Rafael, se hubiera convertido en una funeraria con la seriedad de Enrique y con la amargura de don Elias que siempre andaba por los rincones musitando nostalgias de quién sabe qué cosas pasadas que no habían de volver nunca para él.

Como era natural, Rafael era el preferido de la madre que se veía arrastrada en aquel espíritu ágil y cambiante de su hijo en el que estaban plasmados todos los anhelos de su juventud que no habían llegado a cristalizar; mientras Enrique era el confidente y el amigo de don Elias con el que se sentía más comprendido y más de acuerdo que con la cabecita huera de su madre, aquella cabecita que, aunque cubierta de hilos de plata, pensaba menos que la de un pájaro, aunque

la bondad del corazón y la generosidad de los sentimientos suplían con ventaja a todo cuanto de bueno hubiera podido producir un cerebro privilegiado.

Doña Teresa se solía burlar de la seriedad de su hijo mayor y le gustaba chungas ocurrentes que hacían sonreír con benevolencia a aquel hijo que, aunque sólo hubiera sido para cumplir con un deber sagrado, hubiera adorado a su madre. Enrique adoraba a su madre porque le parecía una niña, una cosa frágil y buena a la que había de cuidar con más esmero que cuidaba ella a sus plantas. Y por evitar un disgusto a doña Teresa, Enrique hubiera sido capaz hasta de perder su seriedad, que era todo cuanto podía pedirle a aquel hombre serio y rígido que quería cumplir siempre con su deber y que, atento a ese cumplimiento sagrado para él, se olvidaba a veces de que por encima del deber está el sentimiento noble que empuja a las más bellas acciones, preacindiendo de deberes y dejándose arrastrar únicamente por el impulso del corazón.

La buena señora, que tropieza con la fría hostilidad de Enrique, cuyo cariño no podía llegar a su alma sencilla e infantil, se refugiaba en el cariño ruidoso y alegre de Rafael, aunque sabía muy bien que

Rafael la quería más por lo que de ella sacaba que por su bondad y su indiscutible ternura de madre.

—El Código me ha robado el cariño de Enrique—decía a su marido en algunas ocasiones—y el cariño de Rafael me está robando hasta la última peseta.

Pero no por esto se preocupaba ni estaba pesadosa. Sabía que la vida tenía sus quiebras y que es de un alma grande saber sortear las espinas para recoger sólo las rosas que nos ofrece, aunque sean contadas. A veces, por lo contadas, más fragantes y más bellas, capaces de llenar con su aroma toda una existencia que sepa recoger su perfume y saborearlo lentamente a través de los años. Doña Teresa tenía esta grandiosidad de espíritu, y por esto estaba siempre alegre, siempre risueña, siempre dispuesta a enjugar una lágrima o a calmar un dolor, porque toda su alma era como una magnífica y maravillosa flor de bondad y de ternura.

—¡Frasquita!... ¡Frasquita!... ¡Ven a regar mis plantas!—gritaba doña Teresa todas las mañanas en cuanto salía al patio.

Su corpulenta figura, de matrona elegante y bella que conservaba en las puertas de la vejez todo el empaque y el señorío de una espléndida y hermosa juventud, se movía

lentamente entre las macetas con la regadera en la mano y las acariciaba y las cuidaba con mimos de madre diciéndolas frases llenas de poética ternura, de esa ternura que palpita en el alma del pueblo andaluz y que parece haber quedado enajada en los pétalos de las flores que adornan su vega.

—Mira, ven acá, Frasquita, mira tú qué hermosura de claveyina... ayer no tenía ná má que dose capuyos y hoy tiene ya quince claveles... ¡Qué agradecida son las plantas, Frasquita! Mira esa rosa de Jericó que parece contrahencha, en cuanto que la dé el sol va a abrir su cali y a ser la más bonita de todo el patio. Tráeme acá la regadera. Esa asalema está muertecita de sed. ¿Verdád, alma mía, que está descando que te echemos una rosadita? Toma, prendá, que se te refresquen las hojitas rosá. ¡Ay, si no fuera por mí me habías de dejar morir de sed a toas las flores! Mira, Frasquita, cuando yo tenía tu edad aun las cuidaba mejor que ahora, porque me parecía que cuanto más bonitas estaban las flores más bonita estaba yo. Anda, toma, ahora súbete a la escalera de mano y riega esos jasmínes de las columnas.

Frasquita, una pizpireta doncella, con su vestido negro, su delan-

tal de encaje y su diminuta coleta sobre el pelo brillante y sedoso más negro que el negro de sus trajes y que el negro de sus pupilas de mora, juntó sus manos en una súplica angustiosa y dijo:

—¡Ay, señora, por favó, no me haga subí ayá arriba!...

—¿No quieres regar mis jasmínes?—preguntó doña Teresa pronta a indignarse.

—Sí, señora, si quiero regarlos, pero lo que no quiero es subirme a esa escalera.

—Pues no veo cómo vas a hacer pa regarlos sin subirte a la escalera... ¿De qué tienes miedo, criatura?

—No sé, doña Teresa, pero en cuanto que me subo dos palmos del suelo me entra una cosa ansina, como una angustia, como si me fuera a caér... ¡Vamos, que no puro, señora, que no puro!

—Várgame Dió, hija, várgame Dió, y qué poca resistencia tendrá la juventud de hoy... Voy a ver quién me los riega. ¡Ellas! ¡Ellas! —gritó doña Teresa pidiendo ayuda.

Su marido estaba sentado en un apartado rincón del patio, muy fresquito a la sombra de la galería alta, leyendo apaciblemente la prensa del día. No se levantó del banco ni dejó de leer al oír las vo-

cos de su mujer. Imaginé que se trataba de las plantas y no quiso tomarse la molestia de hacerle caso.

—¿Qué quiertra?—le preguntó, casi inconscientemente.

—Que vengas a regar mis jasmínes, que a Frasquita le da vértigo.

—¡Déjame en paz!

—Está bien, don monosilabo... ¡Qué complaciente son los maridos, Frasquita! Viste aprendiendo pa cuando te cases, creyendo en toas esas salamerías que saben desir cuando son novios. ¡Enrique! ¡Enrique!—volvió a gritar doña Teresa, llamando a su hijo, porque no se resignaba a que sus jasmínes se quedaran sin su alimento cotidiano que era el agua fresca de la fuente.

Como Enrique no contestara se acercó hasta la puerta del despacho de su hijo y le encontró allí entregado a la lectura de unos protocolos.

—Hijo, ¿quién haser el favor de venirme a regar los jasmínes, que a Frasquita le da vértigo?

—No puedo, mamá; he de terminar este escrito de calificación antes de irme a la Audiencia. Esas son cosas de mujeres.

—¿Cosas de mujeres!... Como si la flore no fueran ignarmente bonita pa las mujere que pa los hombre... ¡Ay, qué marido y qué hijo más desaboríos me ha dao Dió!...

¡Si no fuera por mí Rafaé, que es como un rayo de sol que alumbra y me calienta, ya me hubiera muerto de frío a vuestro lado! Pero Rafaé lo es para mí tó: alegría y cariño y dulzura...

—¡Olé!... ¡Viva mi mare!... ¡Y qué a tiempo he yegado pa oír de sus labios de sultana esas palabras!—gritó una voz alegre desde la cancela.

Doña Teresa fué a abrir con la alegría pintada en su rostro:

—¡Rafaé!—exclamó abrazando a su hijo.

—Mamá, aquí vengo yo a quitarte las penas que los otros te dan. ¿Sigue don Código tan serio como su toga?

—Sigue, hijo, sigue... Ya sabes cómo es Enrique...

—Sí, como un día nublao que tó lo obscurece. ¿Qué estabas haciendo?

—Regando mis plantas.

—Como siempre... Tú eres la flor más bonita de toas las flores del patio.

—La más bonita y la más ajá... Anda, ven acá, ven a regarme esas jasmínes que nadie quiere regarme.

—¿Ni Frasquita?—preguntó Rafael, mirando con picardía a la doncella.

—Frasquita sí quiere, pero le da vértigo.

—Pues que se suba a la escalera y yo se la aguanto... a ver si así nos da vértigo a los dos.

—Calla, descanta, no sofoques a la muchacha. Anda, súbete, Frasquita te dará la regadera cuando estés en lo alto.

—Está bien, mamá, pero antes quería decirte que... que ando en unos apurillos...

—¿Otra vez dinero?

—Otra vez, mamá, pero no mucho... Ya ves tú... hay que convidar a los clientes... hay que hacerle rumboso... hay...

—... muchas mujeres bonitas en Sevilla, ¿no es eso?—dijo doña Teresa sonriendo llena de comprensión—. Anda, anda a regar mis jasmínes; por esta vez no te doy ni un céntimo.

Había subido ya Rafael a lo alto de la escalera y miró a su madre con burla y fingiendo enojo:

—Si no me prometes darme dinero me voy a tirar—dijo, moviendo la escalera de mano de un modo alarmante.

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡No seas loco, Rafael!... ¡Estáte quieto!... ¡Te daré cien pesetas si te estás quieto!

—No, si no me das quinientas pesetas, me tiro—añadió Rafael, volviendo a mover con más ímpetu la escalera.

—¡Frasquita! ¡Frasquita! ¡Aví-

dame a sujetar la escalera, que ese loco se va a tirar de veras!

—¿Prometes darme lo que te pido?—preguntó Rafael, riéndose del susto de su madre y aprovechando la ocasión.

—Sí, hombre, sí, pero hájate ya, que estoy en vilo... hájate.

Rafael había conseguido lo que quería. Sabía bien cómo dominar a su madre en aquel terreno y estaba seguro de salir siempre triunfante. Conocía la parte débil de doña Teresa y se aprovechaba de ella llenándola de zalamerías y de atenciones en los breves momentos que estaba en casa, ya que Rafael vivía más fuera de casa que dentro de ella.

Bajó de la escalera y abrazó a su madre, que fué a buscar el dinero que le pedía. Lo malo era que el dinero estaba en la caja de candelas en el despacho de Enrique. Otra vez se enteraría Enrique de que le daba dinero a Rafael y doña Teresa sabía cómo disgustaba a su hijo mayor aquella condescendencia suya con los despilfarros del muchacho. Pero con aquel carácter campechano y jovial de la simpática dama todos los problemas y todas las dificultades se trocaban en chuscos episodios de los que acababan siempre a carcajadas todos: todos menos Enrique, que se conten-

taba con entreabrir los labios en una leve sonrisa.

Cuando Enrique vió que su madre se acercaba a la caja de caudales de puntillas, para no estorbarle en su trabajo, levantó la vista de los papelotes que estaba leyendo y preguntó en tono grave:

—¿Otra vez te ha pedido dinero Rafael?

—Unas pesetillas na más... Tié que invitar a unos clientes...

—¡A los clientes que no tiene! A quien tiene que invitar es a toda esa cuadrilla de gitanos que pululan por las ventas vendiendo su canto, su baile y su... Bueno, no quiero decir disparates... Vete a Eritaña cualquier noche y verás en qué gasta Rafael el dinero que tú le das.

—¡Jesús, hijo, qué cosas dice! ¡Irme yo a Eritaña por la noche! ¿Te crees que me he vuelto loca?

—Oye, mamá, estás estropeando a Rafael. Si Rafael se viera sin dinero trabajaría, que es lo que le hace falta.

—¡Pero si trabaja! — exclamó doña Teresa con convencimiento.

—¡Trabajar!... ¿Cuántos automóviles ha vendido este mes? ¿Te lo ha dicho?

—No, no me hace falta saberlo... Anda, don Código, sigue le-

yendo y no te metas en lo que no te importa.

Doña Teresa salió al patio y dió el dinero a su hijo, que la abrazó y le dijo mil bonituras, entrando luego en el despacho de su hermano con despreocupación.

—Oye, Enrique, vengo a pedirte un favor — le dijo, sentándose en el borde de la mesa.

—¿Un favor? Siempre que vengas a casa co a pedir algo — contestó Enrique, sin levantar la vista del papel.

—Ho? tienes en la Audiencia una vista contra unos gitanos, ¿verdad?

—Sí, a las once. Contra unos gitanos que robaron todos los jamos de la venta de "Los platillos".

—¿Cuánto tiempo les pides de cárcel?

—Seis meses.

—Pues, verás, como la gitanilla es amiga mía, quisiera que me hicieras algo por ella. Es una buena muchacha... Si pudieras atenuarle la pena... Te aseguro que no tiene malos instintos.

—¿No?... ¡Bueno, no me importa!... Viniedo recomendada por ti... le daré cadena perpetua, si puede ser.

—Gracias, hermano... Veo que sigues tan cariñoso como siempre... Da gusto pedir favores a quien los

puede conserdar con esa generosidad... ¿Por unas jamones cadena perpetua?... ¿Pues aun te quedas cortol... Podías mandar colgarlos; que estaría más propio...

—No me hacen gracia tus gracias — replicó Enrique de mal humor.

—Ni a mí tu seriedad, que es la seriedad del camello; hecha de ridicules. ¡Abur, don Código!

Enrique no hizo caso de las palabras de su hermano. Estaba acostumbrado a ellas y no se inmutaba por lo que pudiera decirle. Guardó sus papeles en la cartera, consultó el reloj y viendo que ya pronto sería la hora de estar ante el Tribunal, salió con dirección a la Audiencia llevando en su ánimo la resolución firme de castigar cuanto pudiera a aquella gitana acusada de robo, a la que su hermano había venido a recomendar.

La sala del Tribunal estaba solitaria. El ujier, esperando la hora, se paseaba a lo largo de ella enfundado en su uniforme lleno de galones. Iba a celebrarse una vista contra dos gitanos acusados de robo y en el pasillo esperaba apilada la multitud a que dieran la voz de "Audiencia pública" para precipi-

tarse en el local y ocupar los mejores sitios. Era un público compuesto esencialmente de gitanos, porque los acusados eran populares en Sevilla y todos querían tener rápida noticia de lo que iba a ocurrir en el juicio. Había mujeres con criaturas de pecho, en brazos, chiquillas de doce años, muchachitas peripuestas con sus peinetas de múltiples colores en el pelo negro, brillante y ensortijado, vestidas con amplias faldas de colorines y cruzado sobre el busto el pañolito floreado y brillante, que daba una nota aun más alegre a aquel abigarrado conjunto de gente apretujada en torno a la puerta de la Sala de lo Criminal; había viejos de rostro ce-trino y muchachos de cutis tostado y ojos negros y profundos, que se impacientaban con la espera y se metían las manos en los bolsillos de la chaqueta corta, ciñéndola a la cintura, y se paseaban en un espacio tan reducido que no les permitía cambiar de pie más de dos veces, temiendo que girar sobre sus talones a cada dos pasos para poder seguir aquel paseo.

A las once en punto entraron en la sala al presidente, un hombre enjuto de barba negra y espesa, los dos magistrados, el abogado defensor, que era una gentil muchacha de veintidós a veinticinco años, el

abogado fiscal y los acusados, seguidos por una pareja de la guardia civil.

Entonces, el ujier abrió la puerta y dijo, gritando:

—¡Audiencia pública!

A empujones se precipitaron todos a un tiempo por la angosta puerta. Se machucaban, se daban golpes con los codos, se atropellaban, sin hacer caso de las voces del ujier, que les decía:

—¡Despasito, despasito, no atropayarse!... ¡Si hay lugar pa' toa! ¡Si no vamos a empujar hasta que toos estéis dentro!

Los dos acusados, Trini y Regalito, miraban a todos sus amigos que entraban atropelladamente en la sala y se disputaban los primeros sitios. A Trini le relucían los ojos como dos soles. No se había visto nunca en aquella sala ni había despertado jamás tanta expectación entre su pueblo. A Regalito no le era nuevo el espectáculo, porque se había sentado muchas veces en el banquillo de los acusados y había respondido a las preguntas de un tribunal semejante a aquél tantas veces que casi se sabía de memoria las preguntas y las contestaciones que tenía que dar. Por eso miraba con calma todo aquello desde su sitio, mientras

su hermana, puesta en pie, interpellaba a los que iban llegando:

—¡Adiós, Curriyo! ¿Cómo está tu madre?... ¡Hola, gachó! ¿También tú has venido, chiquiya?...

—¡Silencio! — le gritó el ujier, enojado de que la acusada se tomara aquellas libertades.

—¡Mira el viscaimurante, qué pretensiones! ¿Cáyete tú, galones, con esa tirilla que es un portalámparas!... ¡Adiós, mosita!... ¡Eres tú, María Candiles!... ¡Mira, mira, Regalito, quién está aquí, la María Candiles!... ¿Y tu madre, ha venido?... ¿No?... ¡Mujé, habecle compra una entrá!... Compadre Vargas, y er churumó ¿cómo está?... ¡Yo bien, ya ves, hecha una marquesa!...

El presidente agitó la campanilla e impuso silencio en aquella algarabía de voces que salían del público. La sala quedó en el más absoluto quietismo. Trini miró al presidente y sonrió al ver aquellas barbas negras que se agitaban nerviosamente cuando el buen señor hablaba.

—¡Póngase en pie el procesado! — exclamó el presidente, dejando la campanilla sobre la mesa, pero al alcance de su mano, porque sabía que tendría que agitarla muchas veces en aquel juicio gitanil al que estaba acostumbrado.

porque eran muchas las veces que comparecían ante él gitanos acusados de robos y desmanes. Verdad es que esta vez el señor presidente reconoció para su colete que los gitanos que tenía ante él debían ser de importancia, a juzgar por la cantidad de público que había acudido al juicio.

Al escuchar las palabras del señor presidente, Regalito se puso en pie, se subió los pantalones y preguntó, haciendo una graciosa mueca:

—¿Es a mí?

—Sí, es a usted a quien me refiero. ¿Cómo se llama usted?

—Regalito, pero algunos guasones me llaman Bisieta... Ahora que eso se va a acabá...

—He preguntado al procesado por su nombre de pila — dijo el presidente, cuando se hubieron aquietado las risas que en el público estallaron al escuchar las palabras del gitano,

—Me yamo Agustín.

—¿Y qué más?

—Agustín Marqués.

—¿Y qué más? — insistió el presidente.

—Agustín Marqués, na más* — replicó Regalito de mal talante.

—¿No tiene usted más que un apellido?

—Uno na más, señor jué... ¡No

ve usted que semos muy probes!...

—interrompió Trini, queriendo ayudar a su hermano.

—¡Cállese la procesada! — gritó el presidente, agitando la campanilla para acallar al público, que había saltado de nuevo una cargada sonora. Y dirigiéndose otra vez a Regalito, le interrogó:

—¿Nacido?

—En buenos pañales, señó jué...

—Bueno, ¿pero en dónde?

—A las puertas de Benacasón, que no mos dejaban d'entrá.

—¿Qué edad tiene usted?

—Veintiaínco años.

—¿Verdad que no los representa? — preguntó Trini, sonriendo con orgullo fraternal y mirando al presidente con aquella mirada brillante y oscura de sus ojos y con aquella sonrisa que embellecía todo su rostro con la luz de sus dientes blanquíssimos, que se destacaban en la oscuridad mate de su rostro gitano.

—¡Cállese la procesada! ¡No interrumpa más! — gritó el presidente, poniéndose nervioso.

—¡Por la Macarena, Trini, cáyate que me van a condená! — suplicó Regalito en voz baja a su hermana.

—¿Estado civil? — siguió interrogando el presidente.

—He estado con esos dos mucho

rato — replicó Regalito, señalando a la pareja de guardias civiles que les custodiaba—. Quitemelos usted, que me dan calor...

—Pregunto si es usted soltero o casado.

—¡Ah!... Pos verá... sortero, no soy sortero... pero tampoco estoy casao... Estoy asosiado... eso es, asosiado na más... Asosiado con la Catalina, que es una chica muy buena...

—Soltero — apuntó el presidente, sin sonreír siquiera ante aquella ingenua confesión de Regalito—. ¿Estuvo usted procesado alguna vez?

—Catorce veces m'han yevao de Herodes a Caifás, pero siempre me han sartao...

—¡L'han sartao una de gofetás que l'han gilerto loco! — exclamó Trini, sin poder callarse.

—¡Hermaniya, cáyate, por es Cristo del Gran Podé! — suplicó Regalito, al ver la cara severa del presidente.

—De nuevo llamo al orden a la procesada. Si insiste en sus interrupciones la impondré un correctivo — dijo el presidente, dando un fuerte golpe en la mesa que sobresaltó a Trini, que no estaba prevenida.

—Está bien, hombre, pero no hay que asustá ansina... —murmuró con gracia la gitana. Y sonriendo

con su sonrisa esplendorosa, añadió:— No t'hagás er malo, que tienes cara de caprichoso... y barbas de chivo...

—¡Silencio!... ¿Se declara usted autor del hecho que se le imputa? — interrogó el presidente a Regalito.

—¡Jesús, qué palabras más chocas tié el código! — murmuró Trini escandalizada.

—¡Cincuenta pesetas de multa! — exclamó el presidente, dando otro golpe más fuerte, al ver la insistencia de la gitana en interrumpir el juicio que se seguía.

—¡Y un real pa tí, barbas de noche... que tiés que meterte la cochara con una linterna! — dijo Trini, sobresaltada de nuevo por el golpe que había dado el presidente.

—¡Cien pesetas de multa!

—¡Uunujay!... ¡No vayaa subiando que me vas a arruiná! — rió la Trini, a la que las multas no asustaban, porque nada tenía con qué poderlas pagar.

—Diga el procesado, ¿se declara autor del hecho de autos?

—Ya empezamos a exagerar!... Ni autos, ni camionetas, señor presidente... Yo estoy aquí por el asunto de los jamones—dijo Regalito, volviendo a subirse los pantalones, como si temiera perderlos.

—Bien... ¿Se declara autor del

hurto de seis jamones realizado el día tres de mayo último, en la venta "Los Plátillos", propiedad de Miguel Gómez Cano?

La defensora, en voz que era como un susurro, apuntó a Regalito por lo bajo:

—Diga usted que no.

—Yo digo lo que me mando, sentañás mías... —murmuró Regalito, en el mismo tono en que le había hablado la joven defensora. Luego, dirigiéndose al presidente, que esperaba la respuesta del procesado, afirmó con aplomo:

—Yo no he robao ná.

—Bien, siéntese.

—Mucha gracia... es lo mismo —replicó Regalito con finura.

—Que se siente, le digo —ordenó con más energía el presidente.

—No te enfues, gobernadó, que ya me siento... ¡No sabe uno cómo asertá!

—Póngase en pie la procesada.

—¡Eso é!... ¡Y tú tan sentao!... ¡Mira qué bonito pa un cahayero! —dijo Trini, poniéndose en pie e irguiendo su cabecita garbosa, morena, coronada por aquella mata de pelo negra, negra, de una negrura que sólo podía competir con la de sus pupilas que relucían en aquel momento con una luz canivadora y maliciosa.

—¿Cómo se llama?

—Trinidad Marqués, naturá de Trebujena, hija de la Palmerita y de un señó mu reservao, sortera y mesita, porque yo soy mu exigente y mu bonrá... ¿Argo más?

—¿Cuándo nació?

—Después que tú, mar ango... Vine ar mundo sólo por verte.

—Pregunto la fecha de su nacimiento.

—Eso, a mí mare... Yo era ma chica y no me acuerdo.

—¿Estuvo procesada alguna vez?

—No, señó.

—¿Se declara usted autora del hurto mencionado?

—Diga usted que no —apuntó la voz de la defensora en el mismo tono y en la misma actitud con que había apuntado a Regalito.

—Diga usted que no —repitió en voz alta y con desgarró Trinidad.

—Está bien. Siéntese.

—Con tó mi cuerpo —dijo la Trini, sentándose cómodamente, apoyando sus manos sobre las rodillas y disponiéndose a escuchar.

—El señor fiscal tiene la palabra.

—Este nos va a poner como un trapo —murmuró Regalito al oído de Trini, después de haber mirado a Enrique, que era el abogado fiscal—. Le cuorreo de hase tiempo y sé que tía males purgas.

—Con la venia de la Sala—comenzó a decir Enrique, que había escuchado hasta entonces, impasible, sin hacer la menor tentativa de hilaridad ante las chungas y las ocurrencias de los gitanos.

—No te encones mucho, lisensiao, que tiés cara de torero — le dijo Trini, clavando en él sus pupilas de fuego y sonriéndole con gracia. Era la primera vez que se fijaba en el fiscal y no le desagradó a Trini aquel tipo de caballero, serio, distinguido, un poco sombrío, pero buen mozo y simpático.

—Trinidad Marqués—siguió diciendo Enrique—. ¿Es cierto que el día de autos se hallaba usted con su hermano y otros individuos solazándose en la venta llamada de "Los Plátanos"?

—Con mi hermano, no, señor. Yo estaba allí con dos matrimonios ingleses que venían a estudiá las fuentes der cante y se comieron dos fuentes de menuo que no se las surtaba un tigre. Mi hermano yegó al final y me llamó desde la puerta pa que le endiñara el parné.

—¿No es más cierto que usted salió a la puerta para ponerse de acuerdo con su hermano y después subió usted sola a la habitación donde el ventero guardaba los jamones?

—Sí, señor, pero no d'acuerdo.

Lo que pasó es que nos peleamos y que mi hermano me quiso pegá... Yo salí bajando por las escaleras y me encorrí a tientas en un cuarto oscuro — replicó la Trini, sin amilanarse, mintiendo con descaro y con aplomo tal que el mismo Regalito estaba asombrado de la agudeza de su hermana.

—Y... naturalmente, como estaba oscuro, abrió usted la ventana —dijo el fiscal con intención marcada.

—No, señor, la abrí pa ver si este verdugo s'había marthao.

—¿No es más cierto que usted abrió la ventana para arrojar a su hermano, que ya los esperaba, los seis jamones que tenía guardados el ventero?

—No, señor, yo no hice más que defenderme. Porque este gachó se había escondido abajo y, en cuanto me vió d'asomar, tiró una piedra que pegó en el techo y los seis jamones se me vinieron encima... Mirustó: creí que eran seis botijos...

—¿Y entonces fué cuando usted se los tiró a su hermano?

—¡Vamos!... ¡Pues qué querías tú que hiciera, casabriel!... ¡A la cabeza na más se los tiré! Con tal de asenarlo le hubiera tirao una bomba.

—¿A su hermano?

—Y a tu agüela, si está ayí... que ya me estás poniendo nerviosa— dijo Trini, impacientándose por el interrogatorio del fiscal.

—La procesada debe emplear un tono más respetuoso con el señor fiscal — interrumpió el presidente — que está cumpliendo una función augusta.

—La función no gusta porque t'has puesto el antifás debajo de la nariz — dijo Trini, dirigiéndose al presidente y haciendo alusión a sus barbas negras y prietas—. Póntelo bien y verás cómo t'aplauden.

—¡Otras cien pesetas de multa por su falta de respeto al tribunal!

—Ponme cuatro mil... y permítame Dios que te las gastes en bicarbonato — replicó vivamente Trini, sentándose muy enfadada.

El abogado fiscal guardó unos momentos de silencio para dar tiempo a que se restableciera en la sala el silencio y a que cesara el repiqueteo de la campana del presidente, que parecía querer romperse entre las manos del buen señor, que la agitaba con furia. Luego, cuando ya se hubo hecho el silencio, Enrique siguió su interrogatorio fiscalizador:

—Diga el procesado — dijo, dirigiéndose a Regalito, que se apresuró a ponerse en pie — si es cierto lo que asegura su hermana, ¿có-

mo usted, en lugar de alejarse del peligro, se apresuró a recoger los susodichos jamones?

—Porque no creí que me los tiraba con mala idea, sino que aquello era un regalo pa desagraviarme.

—¿Y no es cierto que una vez recogidos los sabrosos proyectiles usted los guardó en un saco e inmediatamente se los vendió por setenta y cinco pesetas al propio ventero?

—No, señó. Yo entré ayá a devolverlos. La prueba está que le dije: "Don Migué, tome usté eso y métele en la alacena". Y él me contestó: "Muchas gracias, tengo de sobras. Y ahora están rebajados". "¡Como que éstos son tirasos!" le contesté yo. "Y además son de usté. Esto se lo digo yo". "Que no, hombre, que no". "Que sí, don Migué, que son suyos; no vamos a discutir". Don Migué miró los jamones, los pesó y me contestó muy serio: "Vaya, toma quince duros; a seis reales kilo". "Pero entérese bien que no paga usted más que los portes. Ahora que he dicho que son de usté y yo no me gfiervo atrás". Eso es lo que pasó — concluyó diciendo Regalito, que había repetido palabra por palabra la conversación sostenida con el ventero.

—¿Y cómo explica el procesado

que a uno de los jamones le faltara la mitad? — preguntó el fiscal, apremiando al procesado con sus preguntas.

— ¡Ay, señó juál! — suspiró Regalito sin amilanarse — Le faltaba la mitad porque el cochino era cojo.

Una carcajada general se oyó entre el público y Trini dió un codazo a su hermano mientras se apretaba el estómago, temiendo que le fuera a reventar de tanta risa. Otra vez volvió a sonar la campana de la presidencia y otra vez volvieron a necesitarse unos minutos para restablecer el orden en la sala. Cuando se hizo el silencio, Enrique dijo:

— Señor presidente, doy por terminado mi interrogatorio.

— La defensa tiene la palabra — ordenó el presidente.

— Vamos a ver, vamos a ver los bonetes con safero — gritó Regalito, jaleando a la joven licenciada.

— Arrímale castaña, carita hermosa, a ver si yora barba azul... — dijo Trini mirando con simpatía a la defensora.

— ¡Silencio! — gritó el presidente, exasperado por aquellas continuas interrupciones.

— Con la venia de la Sala — comenzó a decir la defensora en voz clara y tranquila — Esta defensa,

oído el hábil interrogatorio hecho a mis defendidos por el digno representante del Ministerio fiscal y la diáfana claridad con que los acusados han explicado con acento de verdad indudable el desarrollo de los hechos, renuncia, por su parte, a interrogarles, convencida de su inculpabilidad, como luego en su informe demostraré a la reconocida competencia de la Sala.

— ¡Olé! — gritó Regalito, sentándose en la punta del asiento, como si fuera a jalear un baile flamenco.

— ¡Eso se pone güeno! — exclamó Trini, imitando a su hermano.

— Que pasen los testigos — ordenó el presidente.

El ujier avanzó unos pasos y gritó con voz pausada, para que se entendieran bien sus palabras:

— ¡Miguel Gómez Cano!... ¡Miguel Gómez Cano!... ¡Miguel Gómez Cano!... — dijo por tres veces, viendo que nadie contestaba al llamamiento.

Esperó unos momentos, miró por toda la sala para comprobar que nadie había abandonado su puesto y, avanzando dos pasos hacia la presidencia, añadió:

— Señor presidente, el testigo no ha comparecido.

— ¡Naturá! — dijo Trini con desgano — Un gachó que paga los ja-

mones a seis reales el kilo, ¿cómo se va a poner delante de la justicia?

—¡Cállese usted, insolente!—dijo el ujier, imponiendo silencio a la procesada.

—¡Anda ya!... ¡Se te vuelvan de madera los galones del pantalón!—dijo Trini, echándole una maldición de gitana.

—Y que tengas que atrodijarte ca diez minutos—añadió Regalito, pareciéndole poco lo dicho por su hermana.

—¿No hay más testigos?—preguntó el presidente.

—No, señor presidente—replicó el ujier.

—No habiendo comparecido el testigo de cargo, ¿se conforma el fiscal con la continuación del juicio?

—Sí.

—¿Y la defensa?

—También.

—¿El fiscal mantiene o modifica sus conclusiones provisionales?

—Las eleva a definitivas.

—¿Y la defensa?

—Lo mismo.

El diálogo había sido dicho rápidamente, sin que se dirigiera a los acusados la menor pregunta ni siquiera una mirada para indicarles que se acordaban que se trataba de ellos. Trini, que seguía con at-

aliedad las palabras que no entendía, dió con el codo a su hermano y le dijo un poco molesto:

—¿Tú oyes? Esta gente se lo está arreglando como les da la gana.

—Tiene la palabra el señor fiscal—dijo el presidente.

—Con la venia de la Sala—dijo Enrique, haciendo una leve inclinación de cabeza—. Comenzaré por hacer a la Sala una manifestación de orden sentimental. A mí no me hace gracia ninguna la gracia aparente de los gitanos.

—¿Pues quién te gusta? ¿Los chinos?—interrumpió Trini dando una mirada de cojo a aquel buen mozo tan bien plantao y que tan mal les trataba.

Enrique, sin hacer caso de la interrupción, siguió diciendo:

—Porque estoy convencido de que su agudeza, su salamería, su ingenuidad hilarante, no son más que un tapiz de flores que oculta la intención dañina de unos enemigos perpetuos de la sociedad. Por regla general nacen, viven y mueren al margen de la ley.

—Ya veremos cómo acabas tú—interrumpió de nuevo Trini. Pero el fiscal, sin hacerla caso, continuó:

—Es decir; que si la justicia puede inclinarse a la clemencia ante un ciudadano que delinque por un

motivo circunstancial, si el delincuente es un gitano el delito obedece siempre a un mandato de su rebelde constitución moral, y en este caso la justicia debe actuar con el máximo rigor. Mi convicción la ha forjado la experiencia. Jamás se me acercó un individuo de esa raza que no pretendiera engañarme, que no quisiera quitarme algo.

—Pos ten cuidiao no yegue arguina que te quite er tipo — dijo Trini desafiándole con su mirada de fuego y con su rostro encendido de ira.

—Le advierto a la procesada que a mí no me deslumbran los risos ni las caras bonitas, sino las virtudes.

—¡Esaborio! — replicó la Trini con un gesto de desdén.

El presidente agitó vivamente la campanilla para llamar al orden a la procesada y al público al silencio.

—Ofrezco a la Sala mis disculpas por esta digresión — siguió diciendo Enrique—. Aquí tenéis un ejemplo vivo que prueba la realidad de mis afirmaciones. Una mujer hermosa donde las haya...

—¡Que no te s'orvía! — dijo Trini inclinando la cabeza con coquetería.

—Dotada por Dios con todas las gulas de la naturaleza.

—¡Mira el lisensiao! — exclamó

Trini con los ojos chispeantes de contento.

—Capaz de atraerse la admiración y afecto de las gentes por el prestigio deslumbrante de su belleza magnífica.

—¡Nene, que te devoro! — gritó Trini, poniendo los brazos en jarras y mirando con sus negras pupilas a Enrique que siguió hablando sin hacer caso ninguno a las palabras de la gitana.

—Inteligente, graciosas, bonita. Un ramo de seducciones ante las cuales cualquier hombre esclavizaría su voluntad por la vida entera.

—Olé... ¡Echame treinta años, pero no te cayes, por tu salud, que eso no ha habido quien me lo diga!

—Pues bien: ¿en qué utiliza tan poderosas armas? — continuó Enrique como si las palabras de Trini no llegaran a sus oídos—. En captarse la confianza de los demás para dar rienda suelta a sus instintos. Y unas veces es el engaño con burdos manejos de hechicería; otras veces el cambalache que despoja al incauto; y otras, como en este caso, el hurto descarado con todas sus agravantes. Los hechos quedan probados por espontánea declaración de sus autores. Y la clara inteligencia de la Sala no puede aceptar la inocente y cómica versión con que ellos tratan de excusarse. Por con-

siguiente: procede se imponga a Trinidad Marqués y a Agustín Marqués la pena de seis meses de arresto mayor señalada en el artículo 506, párrafo tercero, del Código Penal. He dicho.

—¿Qué le parece don balandran?
—dijo la Trini a su hermano decepcionada con aquel discurso que tan bien había empezado y que se había vuelto contra ellos a última hora—. ¡Conque seis meses d'arresto mayor!... ¿Pa eso m'echabas pipos, escarriño?... ¿Pa meterme en la canasta y echarme al río?... —

—La defensa tiene la palabra — dijo el presidente, agitando la campanilla para restablecer el orden.

—¡Anda con él, gileña mora; máscalo y no lo tragues, que es mu atravessao! — le gritó a la licenciada la gentil gitanilla que quería vengarse del fiscal.

—Con la venia de la Sala — dijo la defensora, sonriendo con simpatía a Trinidad—. Antes de entrar en materia quiero agradecer al señor fiscal los lindos madrigales que ha dirigido a la procesada en el curso de su informe. Se los agradezco tanto como si hubieran sido dirigidos a mí. Pero... ¿era esto galantería o falta de convicción para acusar? ¿Qué pruebas aduce el Ministerio fiscal para demostrar que es una estratagemas la versión de

los hechos que nos dan los procesados? ¿No está claro que Agustín Marqués recogió los jamones que su hermana le arrojara violentamente y en el acto se los devolvió a su legítimo dueño?

—¡Olé!... ¡Y en su propia mano! — exclamó Regalito entusiasmado por las palabras de la defensora.

—¿No le dijo: "Don Miguel: tome usted eso y métalo en la alacena, que son suyos"? — siguió diciendo la defensora.

—¡Sí, señor, eso le dije!

—Cuando recibió el escaso dinero que la codicia del otro le ofreció, ¿no le dijo claramente: "Conste que no me paga usted más que los portes"?... Pues entonces, señores, no son éstas las infelices que deben estar ahí, sino el industrial sin conciencia que pretende comprar a seis reales el kilo de Jabugo.

—¡Que se creyó que eran ladrones! — exclamó Regalito, asintiendo a cuanto la defensa le decía.

—Y ahora, breves palabras para destruir la tesis sentimental del Ministerio público. Al señor fiscal no le hacen gracia los gitanos. ¡Lo siento por él! — dijo la joven licenciada en un tonillo irónico que fué a dar directamente en la sensibilidad de Enrique—. A mí, en

cambio, me hacen muchísima gracia.

—¡Vida mía! — gritó Regalito con entusiasmo.

El presidente agitó la campanilla y Trini le dijo, mirándole con sus ojos brillantes:

—Repica, barbudo, que se lo merece.

—Yo puedo decirlo muy alto — siguió diciendo la defensa con calor y vehemencia—. A mí no me han engañado nunca ni me han quitado jamás el valor de un alfiler.

—¡Y ar que lo intente lo asesino, carita de rosa! — exclamó Regalito.

—¿Quién se atreve a robarle a la Virgen del bonete? — añadió Trinidad entusiasmada.

—¡Silencio! ¡Este no se puede tolerar! — exclamó el presidente, enfureciendo de ira hasta la raíz de la barba.

—El señor fiscal afirma que la mayoría de los gitanos viven en guerra con la sociedad. Y yo sostengo que la culpa no es de ellos, sino nuestra.

—A ve si t'enteras, mantecoso... — interrumpió Trini, mirando con chunga a Enrique.

—En lugar de amor encienden odio y desconfianza. En vez de razonamientos, persecuciones, y donde debieran hallar hospitalidad, las

puertas cerradas a piedra y lodo. El señor fiscal, que posee seguramente un hogar confortable y un corazón comprensivo, ¿sería capaz de abrir las puertas de su casa y de su afecto a cualquiera de estos seres que se llegara hasta él gritando: "¡Ampárame, dame cobijo y protección, que no quiero delinquir"? Pues si no sería capaz de hacerlo, ¿por qué emplea esa injusta severidad?

—Porque está de mal humor desde que era chico. ¿No ves que tiene los pies planos? — dijo Trini queriendo ofender al fiscal.

—Yo no tengo los pies planos — exclamó vivamente Enrique, mirando a Trini con enojo—. Tampoco tengo la grandeza de alma del Obispo de "Los miserables". Pero está segura la defensa de que si cualquiera de estos procesados hubiera venido a mí con esa pretensión, yo, que hoy les acuso, les hubiera cedido mi techo, mi pan y mi protección.

—Chipén... Dame un duro en prenda — interrumpió Trini con aire dubitativo.

—Ofrezco al señor fiscal mi disculpa y me complazco en felicitarle por su generosidad — siguió diciendo la defensa—. Y pido a la Sala la libre absolución de mis defendidos. He terminado.

—¿Los processados tienen alguna manifestación que hacer? — preguntó el presidente.

—Hombre... — murmuró Regalito rascándose la nuca—. A mí m'han dicho que el juicio se iba a celebrá... Venga un poquito d'aguardiente o unas cañitas.

—¡Vengan!... ¡Vengan! — gritaron varias voces del público.

—¡Despejen la sala! — gritó el presidente, rompiendo la campanilla para imponer silencio.

—¡Adiós, María Candiles! — gritó Trini vicudo salir a su amiga—. Esperame en la puerta, que en cuanto me suerten vamos a buscá otros seis jamones pa la defensora... ¿Er fiscal?... — añadió, mirando con graciosa sorna a Enrique—. Er fiscal es un güero... ¡pero con sustancial!...

En el pasillo, donde el público esperaba para asistir a otros juicios, se hallaban tres hombres y una mujer formando grupo aparte, y uno de los hombres, llamado Pepe Rosales, decía así a los demás:

—Er fiscal que tiene en sus garras a Antequera, es mi amigo mío, y le voy a hablar en cuanto cargue...

Y cuando Enrique apareció en el pasillo, con su aire grave de siempre, Pepe Rosales separóse del grupo de sus amigos y le llamó como

si hubiera intimidado siempre con él:

—¡Enriquito!

Y al abordarle y ver que era reconocido por el fiscal, Pepe Rosales, prescindiendo de la indiferencia reflejada en el rostro de su amigo, exclamó con vehemencia, como si se alegrase de corazón de volverle a ver:

—¡Hola, Enrique!

—¿Qué tal, Rosales? ¿Cómo está usted? — repuso Enrique sin inmutarse la más mínima por el encuentro.

—Hombre, ¡no me rutaa! ¿No te acuerdas que hicimos el bachillerato juntos?

—Sí, es verdad... ¿qué tal?

—Aun me acuerdo del bafetón que me dió en la confitería cuando te propuse que nos fuésemos sin pagar.

—Cosas de chiquillos...

—Bien, hombre, bien... No sabes lo que me alegró enterarme de que estabas destinado en Sevilla.

Enrique acogía con reservas las manifestaciones de alegría de aquel que se decía buen amigo suyo. Pepe Rosales, cumplido ya su propósito de presentarse al que ahora era fiscal y de cuya influencia necesitaba para recomendarle el caso de un amigo, despidióse de él diciéndole,

como quien no le da mucha importancia a la cosa:

—Cualquier día iré a verte a tu casa... He de consultarte un asunto...

—Cuando quieras.

—Adiós, Enrique!

—Adiós, Rosales.

Desapareció el fiscal por una puerta que daba a los despachos judiciales y Rosales reunióse al grupo de sus amigos, a los que aseguró que su relación con Enrique iba a sacar del apuro a su amigo, pues teniendo al fiscal de su parte no habría acusación condenatoria...

No se imaginaba Enrique ser depositario de la confianza que le estaba haciendo su padre con mucho misterio, en el patio de su casa, acerca de una aventura amorosa que tuvo en Palencia, cuando residían en Valladolid, aventura que había dado fruto, un fruto que había ido creciendo, creciendo y que en la actualidad era ya una señorita hecha y derecha.

Don Elías acababa de recibir, depositado en Avila, un telegrama que decía más o menos que se preparase a recibir una sorpresa mayúscula. Firmaba el parte Juanita Céspedes y en él se aludía a una hija y a cinco años de abandono. Total, que don Elías, padre de la citada hija, iba

a pagar, cuando menos se lo figuraba y cuando menos podía hacerlo, pues de un tiempo a aquella parte él ya no administraba los bienes familiares, sino su esposa, el olvido en que, según la madre de la criatura, las había tenido durante cinco años.

Ante tal terremoto que se le iba a echar encima, don Elías, aunque letrado como Enrique, pero jubilado, se dijo que uno es casi siempre mal defensor de sí mismo y recurriría a su hijo para que lo sacase del atolladero.

—Pero... ¿estás seguro que es hija tuya?—le preguntó Enrique, al reaccionar de la sorpresa producida por la revelación de aquellas relaciones sostenidas con la tal Juanita Céspedes, amiga de su madre, nada menos.

—Todo lo seguro que puede estar un padre—repuso con una sencillez serafinesca el autor del desahogado.

—Pero, papá, y ¿cuándo ocurrió eso?

—¡Fué en Palencia, hijo mío!... ¿Qué quieres? La inexperiencia de la juventud...

—Pero... ¡si habías cumplido los cuarenta!

—La edad del pavo, hijo mío...

—Sí, la del loro...

Don Elías bujó la vista al suelo,



—Oye, niño, ¿qué das esa porción?



—Que sí, don Migué, que son tuyas...



—Vámos a vé, vámos a vé les bonetas con salero.



—La edad del pavo.
—La del loro.

...él administraría las
ganancias de su her-
manita...



...cantaron y bailaron, haciendo los delicias de todos...



—¡Para que no me caíase!



—¡Y ha sido él... M'ha puesto el queso, como a las ratones...



Milagro, milagrito,
quien quiere un dinero,
que escarbe en el bolsillo
del padre del fiscal.



—¡Huye, condenado! ¡No vayan a echarme a la calle por tu culpa!



—Cuando ustedes se cansen de estar aquí ya saben por dónde se va...



—La invocación, hijo mío, la invocación... ¡Y ya buscándome en el bolsillo!



—Y luego limpiarlo el barro de gitanos
—Conmigo, delante, ¿no?



... mirándola a los ojos, aquellos ojos que defendían cuatro
filas de bayonetas...



...habían recorrido todas las colmadas...



—¡Y yo estaba tan ciego que creí en tu regeneración!

como colegial reprendido y Enri- que, que veía claro que lo que se proponía la ausedicha y "generosa" Juanita Céspedes era un "chantage" que le proporcionase unas miles de pesetas, prometió estudiar el asunto para evitarlo.

La entrevista entre padre e hijo fué interrumpida por la llegada de doña Teresa, al ver a la cual don Elías, más muerto que vivo suplicó a su hijo por toda la corte celestial que se escondiese el telegrama com- prometedor, lo quemase y aventase las cenizas para que no quedase ni rastro del mismo.

...

No le gustaban a doña Teresa la quietud y la seriedad de su casa y como ni a su marido ni a su hijo Enrique se le ocurría nunca cele- brar una fiestecita y Rafael las ce- lebraba todas fuera de casa, era ella la que inventaba y organizaba las saludísimas veladas que se daban en el patio señorial de su casa se- villana.

Primero, con mucha considera- ción, le pedía permiso a Enrique para celebrar la fiesta y si Enrique estaba de buen talante y no se en- cadaba al poner el grito en el cielo por las ocurrencias de su mamá

doña Teresa comenzaba los prepa- rativos.

—Oye, Enrique, se acerca la Crá de Mayo. ¿Te molestará que invite a unos amigos y que se baile en el patio hasta la madrugada? — le pre- guntó aquel día doña Teresa.

—¿Cómo va a molestarte, ma- má? Ya sabes que todo lo que tú haces me parece bien. Y a mí tam- bién me gusta divertirme un poqui- llo.

—¡Ay, hijo, como estás siempre con esa cara de quita gustos!... ¡Co- mo que ni tú ni tu padre parecéis andaluses! Tú vives enserrado en tu seriedad, en una rectitud absoluta, como tu padre, que nunca ha tenido la idea de echar una cana al aire.

—Pero mamá, la seriedad no está nunca de sobras. ¿O quieres que todos seamos como Rafael?

—¡Ojalá!... ¿Tú ves? Tienes un es- píritu de hombre superior que en otra ciudad no chocaría ¡pero aquí, en Sevilla!... Aquí donde todo es coló y alegría... Eso es lo que te falta a tí, coló, es coló que es la gracia, la alegría, una chispita de ternura, no enfadarse por na y to- marse de ver en cuando una cañita, que es lo que hace Rafael. Sevillano puro, como su madre.

—Sevillano puro, con mucho co- lor, es verdad, pero no sirve para nada. El chatito, la aceituna, el chí-

te a la fuerza, el canto al amanecer y llegar a la oficina sin haber dormido, y la factura que se llega y se paga con el primer dinero que se tiene a mano, aunque no sea de uno. Y esto un día y otro día... hasta que nos enteramos que dentro de un brillantísimo capullo de trapas ha desaparecido un magnífico sevillano de color. Esto es lo que le va a pasar a Rafael cualquier día, porque lo de la venta de los automóviles es un mito y tu bolsa no va a ser un pozo sin fondo.

—¡Ya salió el fiscal con sus tinieblas! ¡Ay, Enrique! ¡Cómo le pido a Jesús que te ponga en el pensamiento un rayo de ese color que venía para ti y se quedó en agucya azotea! —dijo doña Teresa, señalando una azotea vecina en la que un rayo de sol hacía brillar los colores vivos de los geráneos y las clavellinas.

Enrique movió la cabeza con un leve movimiento de resignación, mientras su madre iba a disponerle todo para la fiesta de la Cruz de Mayo, una de las más características, de las de más color que se celebran en Sevilla.

Se arregló en el patio un altar sobre el que se alzaba, hecha de flores y adornada con bombillas eléctricas que la iluminaban de una manera fantástica, una gran cruz, la

Cruz de Mayo, la anunciadora de la primavera y la que ha de traer buenos augurios para el verano próximo.

Se reflejaba en el agua del pequeño estanque que había en el centro del patio la cruz de flores y luces, quebrándose en mil irisaciones cuando la brisa soplabla sobre la superficie tersa y la movía en ondas imperceptibles.

Había en el patio más flores que de costumbre. Doña Teresa había querido mostrar a sus amistades su amor a las flores esparciéndolas profusamente en el altar y en los rincones del patio y en torno a la fuente y en la columnata que parecía haber florecido como por milagro.

Bellas entre las más bellas flores eran las muchachas que habían acudido a la fiesta para alegrarla con sus bailes castizos. Iban vestidas con el traje clásico de Andalucía: cuerpo ceñido y falda de volantes que les caía hasta los pies y les colgaba a la espalda hasta arrastrarse levemente por el suelo. Enarcados los brazos, en breantes las cinturas, las caderas prestas al movimiento de la danza, con los palillos entre los dedos y los ojos relucientes de entusiasmo, colocadas en torno a la fuente como una guirnalda de rosas, esperaron las bailarinas los prime-

ros rasguños de la guitarra que habían de anunciar el comienzo de la danza.

Se escuchó la voz de la guitarra y, casi al mismo tiempo, los palillos comenzaron a repiquetear entre los dedos de las bailarinas y los piecitos calzados primorosamente repiqueteaban en las losas de mármol, produciendo un ruido seco y cadencioso al mismo tiempo, mientras los cuerpos se movían ágiles en curvas sinuosas, doblándose las cinturas como si fueran cañas doblegadas por el huracán, o irguiéndose como palmeras agustas en la soledad del desierto cálido.

Los invitados acompañaban el baile con palmadas y oles, extasiados del aspecto deslumbrante y fantástico que ofrecía el patio de doña Teresa en aquel momento en que las bailarinas se movían en torno a la fuente, reflejando en ella sus movimientos graciosos y el ruedo de sus faldas que se abrían en pomposas volutas a cada revuelta de las bailarinas.

Junta a la cancela, apiñada muchedumbre atisbaba por entre el encaje de bronce de la puerta. Los cantos y la música habían atraído a los primeros transeúntes, a los que se fueron uniendo otros y otros y otros hasta formar un compacto montón de carne humana, logrando

muy pocos acercarse lo bastante a la cancela para poder contemplar el espectáculo brillante de la fiesta.

Desde que se vió en la calle, libre de aquella tenaza con que el fiscal la había querido apresar llevado de su inquina por todo lo que oliera a gitano, Trini, la graciosa y pinturera Trini no había tenido otra preocupación, otra obsesión tenaz, irresistible, que la de ir en busca, desde su villorrio, de la casa del forro acusador, en Sevilla. Y he aquí que un buen día se decidió a liar su hatillo y a emprender el camino con la ayuda de sus chiquitos pinreles. Regalito, que la observara, le salió al paso, y al enterarse de su afán de trabajar en algo, en lo que fuera, tomó la cosa a broma, pero, al fin, viendo que su hermanita no estaba dispuesta a volverse atrás, se unió a ella y que fuera de ellos lo que Dios quisiera. Pero él no trabajaría, ¡vamos, hombre, con la caló que hacía!, sino que administraría las ganancias de su hermanita. Y así, entre chunga y mutuo, ese chunga y socarrón que hace despegar los labios a un cadáver "completamente difunto", emprendieron el rumbo a Sevilla.

Por la esquina de la calle aparecieron, aquella noche, marchando rumbosamente, Trini y Regalito, que al fin iban a dar con la casa

que Trini buscaba. En vano había intentado Trini buscar trabajo para salir de la miseria y del peligro del robo, porque cuando el hambre azuza no hay conciencia que resista. Regalito se burlaba de ella, le decía que era una fantascosa y que el trabajo se dejaba para otras gentes que no fueran como ellos, gitanos de pura cepa. Que si se ponía a trabajar dejaría de ser gitana y que para vivir alegremente no hacía falta nada más que lo que ellos tenían. Sin embargo, Trini buscaba trabajo y se asomaba a todas las ventas y recorría todas las fiestas, porque sabía que cantando con su voz delicada y armoniosa guajiras y segundillas, sevillanas o malagueñas, podía ganarse un jornalillo que la ayudara a ella, y a su hermano también, a seguir viviendo sin necesidad de robar.

Aunque, muchas veces, después de haber cantado en alguna venta y de haber recogido lo que la clientela quería darle, se encontraba en el bolsillo o en el pecho objetos que casi no podía decir cómo se habían hecho con ellos: relojes, pendientes, pulseras, pañuelos... que inconscientemente, por el hábito del robo que llevaba metido en su sangre desde siglos y siglos de ratería, trazo característico de su raza, había co-

gido de los clientes, haciéndose la dueña de ellos.

Al llegar frente a la casa, junto a cuya cancela se apiñaba mucha gente, comenzaron a empujón limpia, sin miramiento alguno, hasta conseguir ponerse en primera fila y asomar sus rostros morenos por entre el labrado metal de la cancela... y poco después, ante la agradable sorpresa de todos los asistentes a la fiesta, hicieron su aparición en el patio Trini y Regalito, y, bromeando con unos y con otros, hurtándole a uno un pañuelo de seda y a otro el reloj, y haciendo las delicias de todos, cantaron y bailaron una graciosa canción.

La belleza de Trini, sus ojos hermosos que relucían en la oscuridad de su rostro, como dos carbones encendidos, la sonrisa simpática que le jugaba entre los labios, dejando al descubierto aquellos dientes prietos, blanquísimos, iguales, que eran como escogida sarta de perlas, cautivó pronto a todos los concurrentes a la fiesta y se quedaron allí escuchando, olvidados de que el bufete esperaba y de que se repartían buenos chatos y cañas y hasta el champán corría a discreción como si fuera agua bendita.

La canción se titulaba "Echale guindas al pavo" y decía así:

Hayendo de la sevilla
un gitano del Perchó
sin cárcula y sin cumbina
en dónde vino a ené.

En un carré de gytina.
¿Y qué es lo que así pasó?
por una pavita fina
que a un payo le había el amor.

Recitado

A los dos los unió,
con los dos se unió,
y el gitano a su conitja
de esta manera le habló:

Estribillo

Echale guindas al payo,
echale guindas al payo,
que yo le echare a la pava
azúcar, canela y clavo.

Estaba ya el payo asado,
la pava en el asado
y yunaron a la puerta
veré cuál le que pasó.

Entró un seel con ligota,
¡José, qué mira, charó!
Se echó el fuel a la cara
y de esta manera habló:

Recitado

Hare dónde está ese payo,
hare dónde está esa pava,
porque tiene mucha guasa
que yo na pienso ni un ala.

Cantado

Con los dos se unió,
y el gitano a la gitana
de esta manera le habló:

Al estribillo

altar de la Cruz de Mayo. Los señores de la casa hacían los honores a todos los que ya se retiraban después de haber pasado unas horas deliciosas en el patio de doña Teresa.

Entre la muchedumbre, salió Regalito, buscando desesperadamente a su hermana, que no sabía qué camino había tomado o la habían obligado a tomar algunos invitados un poco alegres, pero Trini no aparecía en parte alguna y, al fin, Regalito tuvo que poner pies en polvorosa al serle reclamado el reloj por la víctima del hurto.

Doña Teresa, con su magnífico mantón de Manila terciado con gracia, con su aureola de cabellos blancos que embellecían su figura de gran señora, con su simpatía castiza y graciosa, iba diciendo adiós a cuantos habían contribuido a ahuyentar de su casa aquel ambiente de seriedad y de tristeza que había siempre y contra el que tenía que luchar constantemente para que no acabara dominándola.

Cuando hubo salido el último invitado Enrique dió un beso a su madre, disponiéndose a retirarse a descansar, pero la voz clara y subyugadora de la gitana llegó a sus oídos desde escasa distancia cantando las primeras estrofas del

Con entusiasmo aplaudieron a la graciosa gitanilla y a su flamenco hermanito cuando hubieron terminado el canto y el correspondiente baile, y aprovechando el desfile de la gente, Trini se escondió junto al

estribillo de la canción "Échale guindas al pavo" y se detuvo.

Sentada en un rinconcito del altar, medio escondida por las flores, se había quedado Trini agarapada, esperando aquel momento de encontrarse a solas con los señores de la casa. Y le placía que fuera el fiscal el primero en descubrirla.

—¿Qué es eso?—dijo el fiscal, acercándose.

—Ya usted ve — replicó la gitanilla con desgarro—. Soy yo...

—Pero, ¿se puede saber de dónde ha caído usted? — preguntó Enrique con asombro y con indignación.

—De una estroya — contestó Trini con graciosa picardía—. Tú ya sabes que cada mortá tiene su plancha en el firmamento. Por der tuyo vengo a verte montá en un rayo de sol. Vámonos a ver si me recibes con señoría. Manda usar las trompetas y di que me den café.

—¡Ay, pero qué criatura más graciosa! — exclamó, riéndose, doña Teresa que se había acercado con su marido al ver a aquella chiquilla que decía haber caído de una estrella.

Trini dió un salto ágil y se plantó en el suelo al lado de Enrique, mirándole con sus ojos turbados y sonriéndole con su luminosa sonrisa:

—¡Hola, acusica, malas ideas! — ¿Se t'han blanqueado ya las intenciones?... Tu padre — dijo señalando a don Elias que la miraba un poco receloso—. ¿A qué aí? ¡Y no debe ser listo! Tíe toda la cara de Salomón. Tu madre — añadió, mirando con ternura a doña Teresa que la escuchaba extasiada—. Durse y majestuosa como yo me la figuraba. Pero se le ven las peñitas en el rostro. ¿Qué te han hecho a tí, maraviosa? ¡Cómo me la hagas sufrir te mato! — gritó, amenazando a Enrique con el puño.

—Pero ¡qué cosas más saladas dice esa criatura! — exclamó doña Teresa, riéndose con todas sus ganas—. Anda, chiquiya, ven conmigo, que voy a decir que te den algo.

—¡Mamá! — exclamó Enrique queriendo detener a su madre.

—No le quites la idea, se clará, que le arrancas una rosa del corazón y le va a dolé. ¡Preciosa, no le hagas caso al fiscal!

—¿Quiere usted hacer el favor de marcharse y dejarnos tranquilos? — dijo Enrique, nervioso y fuera de sí.

—¿Tranquilos?... Si yo me voy te echas a vorá... Pos no m'has yamato veces en el delirio de tus amóres.

—Le digo que se vaya de aquí. ¿Qué es esto de meterse en mi casa

como si fuera una taberna? ¿Usted quién es?

—¡Jura que no me conoces! — exclamó Trini acercándose a él con los brazos en jarra y la mirada encendida—. ¡Jura! ¡Que yo me muera!... Embustero... Si los clics que me contemplan una vez ya son como dos camariñas donde se queda esta imagen pa in eternum. Qué presumía soy, ¿verdad, mare? pero a la justicia hay que tratarla asína — añadió, volviéndose sonriente a doña Teresa, que soltó la carcajada, encantada de la gracia de la chiquilla—. Mira, le jago gracia. Esto no lo has conseguido tú nunca. Porque yo soy gitana cruzá, morena clara, y tú eres holandés.

—Pero en fin, ¿se puede saber qué es lo que desea la morena clara? — preguntó Enrique mirando fijamente a Trini.

—Sí, señó... ¿Tú sabes leer? Pos cántame estas coplas — replicó Trini entregando a Enrique un papel que sacó del pecho.

Enrique le echó una ojeada al papelillo y levó brevemente lo que decía. Luego, con desdén, murmuró:

—¡Bah!... ¿Qué majadería!

—Pos son palabras tuyas — afirmó Trini muy seria.

—A ve qué dice — intervino doña Teresa, tomando el papel de las

manos de su hijo y leyendo en voz alta: "Yo no tengo los pies planos. Tampoco tengo la grandesa de alma del obispo de "Los miserables", pero está segura la defensa de que si cualquiera de estos desgraciados, a quien hoy acuso, se hubiese llegado a mí gritando: "Am párame y dame cubijo, que no quiero delinquir", yo le hubiera cedido mi techo, mi pan y mi protección".

—¡Ole! Pos ya ha sonao el clarín. Vamos a ve los valientes — dijo Trini cruzándose de brazos y plantándose ante él.

—¿Qué quiere decir todo eso? — preguntó don Eneas que no salía de su asombro y que hasta entonces había permanecido mudo.

—Nada, papá. Un concepto lanzado por mí en el curso de una acusación. Un incidente con la defensa de esta señorita.

—Señorita y señorona por ande me mires, fantesíneo, que tengo un huerto de azahé y voya la flor al tejao.

—Buena, acabemos de una vez.

—Por mí, acabao. ¿Tú has licho esto? — preguntó Trini, recogiendo el papel—. Pues si eres hombre de planta no puedes volverte atrás. De raiyas me pougo, si tú quisiera y mi vos será un eco de la tuya: "Am-

párame y dame cobijo, que no quiero delinquir"... ¿Se dise delinquir? —añadió, queriendo dominar la emoción que le temblaba en la voz y le titilaba en las pupilas—. Pos no quiero delinquir. Yo te he consejó palabra de rey, pero tienes que cumplirla. No me obligues, por tu salud, a quitarte la corona.

—¡Pero qué cosas más bonitas dicea, criatura!—exclamó doña Teresa, que estaba embelesada con las palabras de la gitana—. ¿Quién te las ha enseñao?

—Este niño... Que en la Audiencia me pués verde y aquer verdó está echando flores.

—¡Qué disparate!... Mire usted, Trinidad—comenzó a decir Enrique; pero la gitanilla le interrumpió con una exclamación de júbilo:

—¡Ay... que s'acuerda... que s'acuerda!...

—Es igual, Trinidad o Carlota... Si hay algún golpecito preparado por los suyos y usted no quiere complicarse, acuda a la policía, denuncie el caso...

—¿Quién? ¿Yo?... ¡Gitana y hablaoza!... ¿Y contra los míos? No me yeves por ahí, que tú eres falteso.

—Entonces, ¿qué quiere usted que haga yo?

—Lo que prometiste vestío de negro delante de un tribunal. Lo que

me copió la defensora en este papé. ¿Tú me oyes, mare hermosa? Su tocho y su pan me dijo que me los daba, y vengo por las dos cosas.

—¿Usted se cree que yo me he vuelto loco? ¿Que la voy a meter en mi casa? ¡Vamos, hombre!...—murmuró Enrique, con profundo desdén.

—¡Ni vamos ni venimos: nos queamos!—replicó Trini, con aplomo y decisión—. Mira fiscá, ¿tú ves este cromo de pandereta?—añadió, cogiéndose el rostro y mostrándose animado por la más fascinadora de sus sonrisas—. ¿Moresco yo reiná en er mundo donde hay tanta gente fea?

—Sí que eres guapa, hija—comentó doña Teresa, deslumbrada por la belleza de la gitanilla.

—Pues ahora mismo no tengo más camino que robá para vivi. Librate de ese remordimiento y ampárame, fiscá, que no quiero delinquir...

—¡Ea, ya está bien, no supliques más!—dijo doña Teresa emocionada por las palabras de la gitana en las que vibraba toda su alma de chiquilla honrada—. ¿Qué inconveniente hay en ayudar por el momento a esa mujé? ¿Que es gitana?... ¡Buena! ¡Como si fuera mora!

—¡Olé! ¡Bendito sea er senti-

miento, cabellos blancos, que llevas en la cara los cinco versos de la malagueña!... ¡Primera vez que he visto a la virgen de sesenta años!

—Pero mamá, que yo conozco a esa gente mejor que tú...

—Tú no conoces más que el Código que es donde están las penas. Por eso no te causan impresión las mías — murmuró Trini, mirando con desesperación a aquel hombre inflexible.

—Vaya, se terminó. Tranquilízate y vamos a ver qué hay por la cocina—dijo doña Teresa, cogiendo de la mano a la chiquilla y obligándola a seguirla.

Trini se volvió un momento a Enrique y le dijo, con su zalamería graciosa:

Tienes mucha intención.
Pero Dios es de una mano,
que hay que orar por el perdón.

—¡Esto es el colmo!—murmuró Enrique, metiéndose las manos en los bolsillos y comenzando a pasear desesperadamente a lo largo del patio.

—Hijo, creo que te has metido en un lío—le dijo don Elías, zumbón—. Pero tiene la ventaja de que vendrán a visitarnos los turistas... Mira, hijo, en materia jurídica el lirismo está de más. Tú eres un lirico. Yo no. Yo, cuando informa-

ba, no me ponía sentimental, porque a lo mejor se escurre uno...

—Y va a parar a Palencia...—interrumpió con ironía Enrique.

Y don Elías quedó cortado en seco. ¡Lagarto! ¡Lagarto!

En tanto, en la cocina, Trini se "hartaba" a su gusto.

A la mañana siguiente estaba Enrique en su despacho estudiando sus asuntos, cuando los gritos de Tripi, la voz de Frasquita y las riotadas de doña Teresa vinieron a turbar su paz.

Había Frasquita tendido en la azotea la ropa interior de la gitanilla y ésta se había desesperado al ver expuestas a la mirada indiscreta de las gentes sus prendas íntimas. Creyó que Frasquita, que ya se había hablado de ella la noche anterior cuando comía en la cocina al verla devorar sin cumplido alguno, no le tenía buena voluntad y lo había hecho adrede para enojarla, y se abalanzó sobre la doncellita como una fiera, tirándole del pelo, insultándola con todo su bonito repertorio de ultrajes y persiguiéndola por la terraza y llegando con ella hasta la cocina donde doña Teresa las tuvo que separar, refiriendo a Trini y reir-

se luego a carenjadas cuando supo el motivo de la pelea.

—Pero si Frasquita es muy buena. Anda, ve, Frasquita y no le hagas caso—terció doña Teresa.

Pero Trini, antes de que desapareciera de su vista Frasquita, cogió a ésta por su cuenta y le dijo:

—Mira que yo tengo poder y si te pongo sonámbula amanesces cualquier día desnuita a las puertas de Badajoz.

—Entre un demonio, criatura, el mismísimo demonio — decía doña Teresa sin poder hablar porque la risa se lo impedía—. Me estoy riendo más que en veinte años y tú vas a tener la culpa de que Enrique se enfade. ¿Oyes cómo ríen desde el patio? Acabará echándose de casa y si te echa, ¿qué va a decir tu mare?

—¿Mi mare?... ¡Mi mare acaba de nacer y la tengo delante!—dijo Trini, abrazando a la buena señora.

—¡Caya, salamera!—replicó doña Teresa, acariciando la mejilla de Trini con cariño maternal.

Enrique, al oír que las voces y las risas se hablan sonando, volvió a su despacho y a sus estudios. Pero a los pocos momentos oyó a Trini que decía a un visitante:

—Pase, pase usted... Miralo usted ahí pensando a quién va a uxoré la semana que viene.

Levantó Enrique la cabeza y ya estaba Pepe Rosales ante él, haciéndole grandes manifestaciones de alegría que Enrique recibió con mucha reserva.

—¡Hola, Enrique! — exclamó Pepe, tendiéndole los brazos.

—¡Hola! Sidotain. ¿Qué te trae por aquí?

—Na. Aprovechando que estaba en Africa te compré un regalillo... ¡na!... una chuchería de cuero de esas que fabrican los moros... una carpeta pa el escritorio.

—Pero hombre, ¿para qué te has molestado? — preguntó Enrique, mirando la carpeta que era de buen cuero repujado.

—Ni habla de eso. ¿Te gusta?

—Muy bonita.

—Pues la dejaremos aquí—añadió Pepe Rosales, dejando sobre la mesa la carpeta moruna.

—¿Y tú qué haces? ¿A qué te dedicas? — preguntó Enrique, fingiendo un interés que no sentía por aquel antiguo compañero de estudios.

—A lo lo que sale. Yo no tengo genio pa estar quieto en ningún lao. El mundo me viene chico. Lo mismo compro aselte en Córdoba que vendo tierras en la Argentina. Tengo amigos en toas partes. Hombre, y a propósito de amigos. Conozco a un muchacho que lo com-

plicaron en no sé qué jaleo de morfina y atentos a la autoridad...

—Antequerá.

—Ese, Antequerá, ya veo que le conoces... Es un infeliz que no sabe por dónde anda y lo coguérton cuatro tanautes... La madre estuvo sirviendo en mi casa y desde que le yegao no para de yorarime pa que le saque al hijo... Hombre, si tú intervienes en la causa procura no apretarlo mucho.

—La vista está señalada para el día diez y acúto yo. Tengo calificados los hechos y creo que el señor Antequerá lo pasará muy mal. Tú dices que es un infeliz... Tal vez. Pero hasta ahora lo que aparece probado es que se trata de un individuo muy peligroso, con dinero y con amigos influyentes en todas partes. Ya vez, tú eres amigo asyo—dijo Enrique, fijando su mirada severa en los ojos de Pepe.

—Siempre se exagera... Yo soy amigo de la madre.

—Pues ni por la madre—añadió Enrique, poniéndose en pie para dar por terminada una conversación que le molestaba—. Procura no intervenir en asuntos de esta índole y menos conmigo. Yo no admito que me hablen de estas cosas más que en audiencia pública.

—Sapongo que no te habré ofendido—dijo Pepe, siguiendo a Enri-

que que lo acompañaba hasta la canccla.

—Eso no; pero sí me conviene que sepa todo el mundo que yo no me aparto de mi deber ni por amistad ni por nada. Lo siento... por la madre del señor Antequerá... Adiós, Pepe.

—Adiós, don Severo... Ya cambiarás cuando te haya pasado el fuego de la juventud—replicó Pepe llasándole con marcada ironía.

Enrique cerró la canccla tras aquel individuo que ya desde niño había mostrado ser un canalla, y al quedar solo y antes de reintegrarse a su interrumpida labor, gritó, buscándola por la casa:

—¡Frasquita! ¿Dónde está la gitana? Ya sabes que no quiero recibir a nadie mientras trabajo.

Trini, que estaba oculta allí cerca, se metió tranquilamente en el despacho de Enrique mientras éste la andaba buscando para decirle que no se metiera donde no la llamasan y lo contempló todo con ojos asombrados. Era el primer día que se metía en aquel recinto vedado.

—¡Cúenla esas tientes, gachó!... Te esto lo has ganas mandando gente a presidio. Por aquí te pasearás p'abajo y p'arriba, maquinando tormentos pa los gachés... ¡Er código!—exclamó, cogiendo un li-

bro entre la punta de los dedos y tirándolo al suelo—. ¡Seguro!... ¿Quién sería el angelito que te escribió? ¿Esto lo debían de prohibir! Este sillón le habrá costao a alguno catarre años y un día—siguió diciendo Trini, arrellanándose en el sillón que había ante la mesa escritorio, y apoyando un codo sobre la mesa, añadió:—Con la venia de la Sala; la justicia puede perdonar a cualquiera aunque a' haya comío a su hermano a medianoche, pero ar gitano que entra en un café y no se descubre a ése hay que afusilarlo; ¡mardita sea!... A mí me molesta to er mundo. Los que van por la calle y los que están acostao. Pero los gitanos ¡mar fin tengau!, me ponen negro porque son unos tales y unos cuales y aquí tengo las pruebas...

Trini, obsesionada por el juego que estaba llevando a cabo, dió varios puñetazos sobre la mesa y abrió la carpeta para huecar las pruebas. Era la carpeta que acababan de regalar a Enrique y en ella había un montón de billetes de banco.

—¡Mi mare! — exclamó Trini, alargando la mano y deteniéndose—. ¡Dinerol!...

Vació un momento y tomó el fajó entre las manos, costándolo temblorosamente.

—Uno, dos, tres, cuatro... ¡Vein-

tisíaco biyetes de los más grandes!... Sinco mir duros, Trini! La riqueza pa toa tu vida... ¡Juyel!... Pero quieta... párate, gitana, que no hemas venío a eso—le dijo su otro yo—. Y esa mare resíen naala se te va a morir sin cristianá... ¡Ay, chavó, qué poderío tienes! ¡Hacerme a mí de soría er bocaol!...—dijo, dejando de nuevo los billetes en la cartera—. Espera, mano derecha—añadió, volviéndolos a coger—que esto es mu raro. El parré no se pone junto a la puerta como el agua bendita pa que lo tome er que quiera... Esto lo han puesto aquí pa probarme... ¡Y ha sido éll!... M'ha poeto er queso, como a los ratones, pa yevarme al tribunal y echarme una perpetua pa toa la vía. Sangre negra... ¿qué te he hecho yo a tí?... ¿Quién es el enemigo de la humanidad? ¿Tú o yo? Me vi a vengá; de aquí sale alguno con los cordeles puestos y yo de tragito... ¡Der susto te vas a morir!...

Dobló los billetes cuidadosamente, los metió en el pecho y salió del despacho de Enrique, vigilando bien que nadie la sorprendiera saliendo de allí.

En el patio, sentado en su rincón favorito, leyendo el periódico, estaba don Elias. Trini se acercó a él y se sentó a su lado con desgarró,

envolviéndole casi en el vuelo de su falda de gitana.

—¿Qué bay, faraona?—le preguntó don Elías mirándola receloso, porque les había cobrado miedo a las mujeres desde que se tropezara en Palencia con Juanita Céspedes—. Supongo que no vendrá a buscarte tu familia, porque, vamos, tendría muy poca gracia que se nos llenara esto de gitanos bailando con el tambor y la mona.

—Pero si no son de esos, esaherío...

—¿Pues de cuáles son? ¿De los de la cabra que se sube a los faroles?

—Quien se va a subir a los faroles soy yo, pare aanto, que estoy loca de alegría y que te quiero con delirios de fiera. Déjame que te abraze por tu salud, que ya no pueco más—dijo Trini abrazando fuertemente a don Elías y besándole desahogada, mientras le deslizaba con agilidad el fajo de billetes de banco en el bolsillo.

—Vamos, niña, vamos... Haga usted el favor—suplicaba don Elías, sin darse cuenta del juego de la niña.

—¡Qué favó! ¡Si eres un mantecoso y yo soy más golosa que una avispa!... Toma, toma y toma; ahorita yo está... Ya te dejo en pá, hombre...

Riéndose a carcajadas, pensando en la treta que había jugado a Enrique y en espera de que éste la acusara de ladrona para descubrir ella a su vez, a los ojos de su propio hijo, que el ladrón era su mismo padre y vengarse así de la trampa que la había puesto, según ella creía, para poderla luego denunciar, iba Trini a alejarse cuando vio entrar en el patio a Rafael.

—¡Rafaeliyó!...

—¡Hola, Trini!—exclamó también Rafael, asombrado de encontrar en su propia casa a la gitanilla que le había divertido muchas veces con sus cantos y sus gracias—. ¿Qué haces tú aquí?

—Poa ya ves, pasando una temporadita con estas señoras, en esta casa... Y tú, ¿qué vienes a hacer aquí?

—Es mi casa.

—¿Tu casa? ¡Ya decía yo que eras tú el señorito más rubioso de los Sevilla! Ese el hijo de tu madre, Rafael.

—¿Y dónde está mi madre? Con ella quiero hablar.

—Mira, ayá viene con don Código... ¡Digo! ¡Ese el que no parece hermano tuyo!... ¡Pero tampoco parece hijo de su madre!... Ahur, Rafael, ahí te dejo con los tuyos...

Rafael abrazó a doña Teresa que no mostró ninguna alegría y saludó

a su padre, que le miró con pesar, y a su hermano, que le contestó con un sermón:

—Ya subamos a qué vienes—le dijo—. Me lo han contado ya varias veces. Estás entrampado. La casa central te pide cuentas. Tú no puedes rendirlas. Y has venido a buscar dinero.

En efecto, un poco antes, Rafael había telefonado a su madre—que se puso al aparato después de haber estado Trini, que oyó la primera llamada, haciendo poner nervioso a Rafael, sin saber que era él, soplando en el transmisor y dándole la vibración del suplico en la oreja del comunicante—dándole cuenta de que acababa de recibir una carta de la casa central reclamándole la liquidación del mes... que ascendía a unas veinte mil pesetas.

—Es un momento difícil y no más. Yo hubiera querido hablar a solas con mamá, antes de hablar con vosotros, porque mamá es la única que me entiende. La gente no compra automóviles sino a plazos. Luego se retrasa. La compañía pide una liquidación cuando uno menos lo espera.

—Y el representante, que eres tú, no puede efectuarla porque paga el canto de las gitanas con más cuenco que el Gran Capitán. ¿Lo estás viendo, mamá? ¡Viva el pe-

villano de color!—dijo Enrique con amargura.

—Pero, bueno, Rafaél, ¿tú crees que puede pasarte algo?—preguntó la madre comenzando a sentir la comenación de la angustia.

—¡Yo! ¡No sé!—replicó Rafael titubeando—. Desde luego si de aquí a mañana no encuentro diez y ocho o veinte mil pesetas quizás me tenga que marchar de Sevilla.

—Y nosotros detrás, porque ni tenemos dinero para sacarte del apuro ni yo pueda esperar que un día cualquiera, por causa tuya, me saquen los colones.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué pena tan grande!—suspiró doña Teresa apretándose el corazón.

—Si ego tenía que llegar. ¿Cuántas veces te he dicho yo lo que te iba a pasar? Sabías yo que llegaría este momento y ya llegó. Pero esta vez, no será.

—Todavía no he pedido nada—replicó Rafael con insolencia—. Ya tendréis noticias mías.

—¡Que no, Rafaél! ¡Que tú no te vas así!—exclamó doña Teresa suplicando llorosa a su hijo—. Padre mío, ilumíname—añadió alzando los ojos al cielo—. ¿A dónde acudo yo en esta amargura?

—A la siensia del Egipto—dijo Trini presentándose ante ellos con la cara iluminada como la de una

pitonisa o la de una sonámbula. Había escuchado desde detrás de una columna y estaba dispuesta a salvar la situación—. No yeres, cabellos blancos, que ande hay una rama de Faraón sale el agua de las peñas y briya er so en medio de la noche.

—¿Quieres usted hacer el favor de dejarnos en paz?—dijo Enrique con enojo.

—¿No tienes fe? ¡No verás a Dios! Pero te voy a deslumbrar con la luz de los milagros. ¿Cuánto dinero te hace falta, Rafael? ¿Cuatro mil duros? ¡Sinco mil vas a tener ahora mismo pa que sea er Cóligo hasta donde yega er poderío de la Trini, gitaniya crasa, morena clara. ¿Tú me crees, maro? — preguntó a doña Teresa que, como buena andalaza, era muy superlativa.

—¡Sí, yo te creo! — replicó la dama, mirando a Trini que la tocó en la frente y luego se santiguó ella, diciendo:

Por con tu fe me santigüé
y la cruz me espigüé.
Yo me espigüé
dentro del que
y el que
me puse en tu.
Una cruz en er viento,
la sirena del mar,
las voces del talento,
la canela y la sa,
Carolan los noctales
las exzame buchías.

Tres hicharracos salen,
con los tres jape un pino.
Janiarula fuego
la ma de Luisi,
se le rompió er talago,
se derramó er putu.
Sajuel, manita,
tierra de volu,
el ses en pepita
lo descubro yo.
Por el sed briyante
der firmamento cielo,
Por los azal tuzante
der nero que canela.
Carolan los noctales,
sordidos de Hungría,
la travácula manea
con la puta curvula.
Trecemata en Holanda
y venga la telanda
porque Nadidó la manea.
Milagro, milagros,
cuán quiza en el alaró,
que exzale en er bursiyo
der padre der Finá.

—¿En mi bolsillo? — preguntó atónito don Elías, porque sabía que sólo llevaba unas pesetillas sueltas.

—Anda, escarba, escarba, regístrate ligero antes de que los cuernos me esbaraten la sirmonía—apremió Trini, queriendo mostrar el poderío de su invocación.

—Bueno—replicó don Elías resignadamente metiéndose las manos en los bolsillos y dando un grito extraño, de pavor y de goro a tiempo que sacaba el fajo de billetes y los arrojaba sobre la mesa, como si temiera envenenarse con ellos—.

¡Eh! ¿Qué es esto?

—¡Dinero, Elías! ¿Qué alegría! —exclamó doña Teresa, sonriendo a Trini.

—Dinero, papá—afirmaron a un tiempo Enrique y Rafael.

—Si no puede ser. Si yo he salido de casa con siete pesetas, y miralas, aquí están—dijo don Elías, mostrando su exiguo capital.

—Pues aquí hay veinticinco mil... ¿De dónde ha salido esto?—preguntó Enrique, que no comprendía aquella historia de hechicería.

—¿De dónde va a salir? Der Todopoderoso—replicó Trini con seriedad—. Trae p'acá—añadió, quitándole el dinero y entregándoselo a Rafael—. Toma y remédiate, güen mozo, que si tú eres er Gran Capitán yo soy Cristóbal Colón. ¿Qué pasa con los gitanos?... ¿Hay salero o no hay salero?—añadió, encarándose con Enrique y mirándole fijamente, como si quisiera hipnotizarlo.

Doña Teresa, desde el día del milagro realizado por Trini, milagro en el que nadie creía, pero en el que todos veían algo providencial, había puesto más afición en aquella criatura bonita, graciosa, alegre y agradecida que era como un rayo de sol en la casa siempre triste y siempre silenciosa de donde ella había ahuyentado risetas, sombras y silencio.

Mucho le había costado convencerla de que vistiera como una señorita, abandonando sus ropas de gitana. Trini consintió para no disgustar a la "virgen de las canas", como llamaba a doña Teresa con respeto y veneración. Pero Trini sentía la nostalgia de su vestido de colorines, de amplia falda y del pañolito de flores atado a la cintura, ciñéndose a su busto como la hiedra al tronco.

Trini sentía también la nostalgia de muchas cosas, sobre todo la nostalgia de no ser de aquella raza, de ser parecida a Enrique para poderle llegar al alma y apoderarse de ella como el fiscal se había apoderado de la aya, convirtiéndose, sin saberlo él mismo, de acusador en delincente.

Sentada tras la reja de su cuarto, costaba Trini aquella tarde, pensando en sus cosas, y ensajando su pensamiento en las coplas que brotaban espontáneamente de sus labios, entonánselas con toda la vehemencia de su alma ardiente como el sol de su tierra, comenzó a cantar ésta, titulada "Morena clara":

Er día que nos yo
a qué planeta vinimos?
Por dondequiera que voy,
¡qué mala estrella me guía!

Lágrimas de plata,
la que más relamo.

¿Por qué me pones por este cuerpo
pañito de cruz?

Tú vos a calayo
por es firmamento.
Ya, singular, solas las dulcitas
a pacita lenta.

El barco de vela
de tu poderío
Me trajo a un puerto donde me s'ajogan
los cinco sentidos.

¿Por qué me dijiste
canela a este payo?
La ambrosia, mami, s'emborracha
con la luz del rayo.

¿Por qué me pusiste
tanto fustido?
Si no hay quien junte ni un minuto solo
la noche y el día.

Estrega de nara,
dejame se güella.
Dí que mi yocaxa en estos barrotes
mi taló d'arena.

Ya haré lo que mandes,
rey de los luseros.
Y cuando él diga: "Que la yeven presa",
Le diré: "Te quiero".

No me guíñes pesta,
Si entiendo tu briya...
¿Y qué más tiene? Si al verla da gloria
de está en el banquero.

En día que así ya
¿qué planeta reinaria?
Por dondequiera que vas,
¿qué mala estrella me guía?

Cuando terminó de cantar se presentó ante Trini su hermano Regalito, que al fin había dado con ella, y como para celebrar el encuentro... le pidió veinte duros, el muy guasón!

—¡Trini!... ¡Trini!... — gritó la voz de doña Teresa, llamando a la gitanilla.

—¡Huye, condenao! — suplicó

Trini a Regalito—. ¡No vayan a echarme a la calle por tu culpa!

—¡Ya nos veremos!

Se puso en pie apresuradamente Trini y se acercó al espejo, para ahuyentar la tristeza que la había sobrecogido, y se contempló largamente, mirándose con aquel vestido de señorita que no le cambiaba para nada el alma.

—Presumiendo, ¿eh?—dijo doña Teresa al sorprender a la muchacha en aquella actitud—. ¿No te gusta este traje?

—Sí me gusta, maresita mía, pero no me parezco yo misma... Ya no soy una gitana.

—¿No te gusta?

—Sí, pero echo de menor mis enaguas en armidón, que la ponen a una tan vaporosa. Y sobre todo la faltriguera, que te guarda una gayina y te deja las manos libres...

—Pero como tú ya no tienes que guardarte ninguna gayina...

—Eso es lo que no sabe nadie... Oye, ¿mi ropica la habéis vendido?...

—¡Trinidad!—exclamó doña Teresa a punto de enfadarse con aquella chiquilla.

—No, si no vos voy a pedir el dinero. Es que quisiá dar un pasito pa ver a mi gente... Y si me presento con este lujo me confiesan hasta las medias.

—Y a lo mejor no te dejan volver—murmuró doña Teresa, súbitamente entristecida.

—Seguro.

—Lo que te servirá de muchísima alegría, porque ya te has cansado de estar aquí. Pucha hija mía, no vas en esta casa como una casa aunque en ella vivan hombres de justicia. Considérala como un arbolito donde hallaste sombra, fruto y reposo. Yo te hice un bien y tú me pagaste con otro mayor, dándome alegría. Pero eres libre y tus pies ligeros, y quieres caminar... Pues camina, que no vas sola. Junto a los volantes de tu vestido irá siempre la sombra de mi gratitud... Voy a desear que te entreguen tu ropica.

—¡Virgen de las cañas!—exclamó Trini, arrojándose a los brazos de doña Teresa—. ¿Por qué m'has hablado con esa dureza tan amargosa? Perdóname y no me desprecies. No m'arrojes de tu vera man que yo quiera irme... Que no me den mis trapes de gitana, por la luz de tus ojos... Mira que si quiero vestirme de colorín es pa ponerme debajo de un trea.

—¡Várgame Dio, qué disparatete!... ¡Ven acá, infeliza, siéntate a mi vera y cuéntame tus penyas!

—Ay, marésita, que no me atre-

vo a desirlo!—murmuró Trini, sonriendo en medio de su llanto.

—Pues entonces te lo diré yo.

—¡No!—chilló con rabia Trini, que no quería le descubrieran su corazón.

—Niña, las personas bien educadas no gritan.

—Pues yo he sentido de hablar a Lerrú en la Plaza de Toro y pegaba unas voces que era un espanto.

—Te hablo en serio, Trini; tú estás enamorada.

—¿Enamorada?... ¡Eso es poco!

—¡Cuidao, Trinidad! ¡Cuidao con las brujerías! Si ese hombre no te quiere debes resignarte. Yo de amores entre gitanos entiendo poco; pero vamos a ver: ¿por qué te desprecia con esa hermosura y esa fama de mujé desente?

—¡Olé! ¡Desente! Yo na les he dao a los hombres más que fundanguiyos a cinco duros, y muchos no m'han pagao. Pero ¿qué való paó tener pa un alto personaje la hermosura y la vergüenza de una gitana greñúa, greñúa, pelúa?

¿De modo que se trataba de un gran personaje? ¡Caramba! Así todo se debía a la distancia natural que había de uno a otro?

—Sí, claro... la distancia es como... pa tomar un globo—replicó con gracia Trini que miraba a doña Teresa como a una madre y que le

hablaba como a tal—. Ahora que yo conocí a uno que se saltó er Guadalupe... y si estoy yo en la otra oriya se lo saltó un cojo...

—¿Y por qué me dices eso?

—Porque m'has hecho carr en una cosa que yo no había pensao, virgen de las canas. Que estoy muy bien tallá y tengo una cara prometeora y a lo mejó se da cuenta er scño fiscal, se remanga er manteo, se tuerse er bonete y se saltó er Guadalupe...

Dña Teresa, al oír que se refería a su hijo Enrique, rióse con todas sus ganas de aquella criatura tan graciosa y tan salada y le dijo sin dejar de tomar la cosa a broma:

—Pues es verdad que Enrique ha cambiado, hija.

—Ay! ¿Por qué ha hecho?

—Ha mandao que le pongan en la ventana tres masetas de claveles.

Y Trini, como si estuviera en lo cierto o hubiera esperado otra revelación, repuso:

—Eso es pa tirármelas a mí cuando pase por la asera...

Entretanto en el despacho de Enrique se desarrollaba una escena bien distinta entre éste y Pepe Rosales que había venido con su amigo Antequera a agradecer al fiscal la libertad del procesado. No podía Enrique comprender cómo habían dado libertad a aquel hombre al

que él había acusado enérgicamente, presentando pruebas y dejando a la defensa sin voz. Antequera había conseguido la libertad por quién sabe qué medios tortuosos, y los dos amigos creían que los cinco mil duros dejados en la carpeta del fiscal, cantidad de la que él no tenía la menor noticia, habían influido bastante en la libertad del procesado.

Enrique les saludó con dureza, con acritud, al encontrarlos en su despacho esperándole, cuando él llegó a su casa procedente de la calle.

—¿Qué desean ustedes?

—Nada... saludarte — replicó Pepe Rosales, sin inmutarse por el tono seco de Enrique— y presentarte al amigo Antequera en el terreno particular para que veas que se trata de una persona simpática y correcta.

—No lo dudo—dijo Enrique sin abandonar su tono seco—. La simpatía y la corrección no estorban a otras cualidades...

—La gratitud, por ejemplo. Y yo le estoy muy agradecido—dijo Antequera.

—¿A mí? ¿Por qué? — preguntó Enrique con asombro, porque no podía comprender que le estuviera agradecido después de la

enconada acusación que había hecho en el juicio.

—No sea usted modesto, don Enrique. Ya me dijo mi amigo Pepe que vino a verla... que le habló de mi caso...

—Te advierto que se molestó conmigo—interrumpió Pepe—. Enrique es un hombre muy delicado...

—Cuanto más delicado, más seguro... La vida es muy dura... y a lo mejor dentro de poco hay que volver a molestar al amigo—murmuró Antequera, sin abandonar el tonillo burlón.

—¿A qué amigo? Yo no soy amigo de ustedes, gracias a Dios, porque tengo un cuidado exquisito en la elección de mis amistades. Le he felicitado a usted por la absolución. Y ahora, en el terreno particular, debo decirle que lo siento muchísimo porque tengo la convicción de que usted no debe andar suelto por la calle. Ni usted ni éste, que por lo visto se imagina que la integridad de un hombre se compra con un regalito... Cuando ustedes se cansen de estar aquí ya saben por dónde se sale—dijo Enrique, saliendo de su despacho rápidamente para dominar las ganas que tenía de romper la cara a aquellos dos sinvergüenzas.

—¿Qué es esto, Pepe?—pregun-

tó Antequera mirando a Rosales con asombro.

—No sé; no me lo explico. Me extraña que no haya tenido una alusión para el dinero que le dejó.

—¿Cómo que no?... Entonces no te has enterado. ¿No te ha dicho que a él no se le compra con un regalito?... Y eso de regalito qué decir que le ha parecido poco...

—Yo le puse lo que me dijeron. Cinco mil duros. ¿Que es poco? Pues se arregla de esta manera—dijo Pepe, sacando la cartera del bolsillo y depositando en el mismo lugar en que los dejara la primera vez, cinco mil duros más—. A ver si con ese piquillo, el día que te vuelva a coger no te desgarran entre sus dientes. Anda, tira p'afuera...

Rápidamente salieron los sinvergüenzas de la casa de Enrique, dejando allí aquel dinero en prenda para comprar una conciencia que nunca se vendería.

Enrique los vió salir y entró malhumorado en su despacho, poniéndose a trabajar activamente.

A poco entraba en el despacho don Elisa, profundamente preocupado, con el rostro serio y la mirada perdida, recitando, a su manera, la invocación de la gitana:

—¿Pero qué haces, papá? — le interrumpió la voz de Enrique que se quedó extrañado al ver a su pa-

dre haciendo todos aquellos signos en el aire.

—Calle, no interrumpas mi invocación:

Una cruz en el agua
la siren del viento,
las lámpas de mi casa,
la puerta del convento.
La monta temeraria,
el niño melancólico,
el chape con su barba,
con las tres lugo un zudo.
Maldadilla de Holanda
peraltos de Hangerla,
y venga la lufanda,
que la noche está fría.
Quien quiera un diácal
que busque en el bolsillo
del padre del fiscal.

Se metió las manos en los bolsillos y revolvió ávidamente en todos ellos. Luego, con desaliento, dejando caerlas a lo largo de su cuerpo, murmuró:

—¡Nada!...

—¿Pero se pueda saber qué haces?

—Ejercicios nigrománticos. Lo que hace un hombre cuando necesita quince mil pesetas y no hay quien se las dé.

—¿Para qué las quieres?

—Para... para que Juanita Céspedes me deje en paz. Cuando necesita algo acude a mí. ¡Claro, la confianza!...

—Le has dado demasiada confianza a esa señora... — murmuró Enrique que conocía bien aquel

asunto de su padre—. Si tú me lo permitieras yo intervendría.

—No, si vas a tener que intervenir aunque no quieras... Está ya en Sevilla y como yo no suelte el dinero va a venir a esta casa.

En efecto, madre e hija estaban ya en Sevilla y don Elías no tenía más que dos caminos a seguir: o afrontar el escándalo o pagar el silencio.

Ya una vez madre e hija intentaron visitar a don Elías, pero Trini, providencialmente, les impidió la entrada, salvando a don Elías, que tuvo que revelarle su trapicheo, de un serio compromiso... Ahora que era preciso evitar que el intento de visita se repitiera, pues nunca segundas partes fueron buenas...

—¡Eso no!... Ahora mismo voy a ponerles unas líneas... —dijo Enrique.

Enrique abrió la carpeta y dió un grito de asombro:

—¿Qué es esto?... ¡Han dejado aquí dinero!

—La invocación, hijo mío, la invocación... ¡Y yo buscándome en el bolsillo!... — exclamó, estupefacto, don Elías, queriendo apoderarse de los billetes de banco.

—¡Canallas!... ¡Granujas!... Ahora mismo voy a ver al juez y esta noche no duermen en su casa—siguió diciendo Enrique, sin hacer

caso de la exclamación de su padre—. ¿Sabes quiénes son? Rosales y su compadre Antequera, que ha salido libre y se han creído que yo he puesto de mi parte... ¡Han querido pagarme el servicio, preparando el terreno para otra ocasión!... ¡Voy a ver al juez y esta noche no duermen en su casa! ¿No me oyas?... ¿Qué te pasa?—preguntó a su padre al ver que éste, que lo había seguido hasta el patio, miraba con ojos de terror hacia la cancela.

—Son ellas... Ya están aquí... Juanita Céspedes y su hija...

—Pues llegan en buen momento... Vete, yo las recibo.

—Sí, hija, sí, con mucho gusto. Don Elías desapareció rápidamente y Enrique salió al encuentro de las dos mujeres a quienes abrió él mismo la puerta, no teniendo esta vez otro testigo que Trini, convenientemente oculta.

—¡Hola, Enrique!—dijo Juanita, con un tonillo de amabilidad que molestó al muchacho—. ¿No está tu padre?

—Está, pero no quiere recibirla. Yo creo preferible que no se vuelvan ustedes a ver. Para tranquilidad de mi madre esto sería muy conveniente.

—Si tú lo crees así...—murmuró Juanita, fingiendo someterse—. Sólo que queda un pequeño detalle

que resolver, y por eso quería hablar con tu padre. Pero si tú tienes poderes...

—Hable usted claro... ¿Cuánto quiere?

—Yo creo... que podríamos liquidar el asunto... con quince o veinte mil pesetillas...

—No, señora; esto se liquida con dos billetes en segunda clase hasta el punto de origen. Porque yo estimo que no se debe pretender una renta vitalicia por condescendencias en la juventud. Usted sabía que mi padre tenía obligaciones, porque era usted amiga de la casa.

—Sí, señor. Lo sabía—dijo Juanita, sin molestarse por el tono duro de las palabras de Enrique—. Y además me lo recuerda él en una carta muy afectuosa que me escribió hace tiempo y que llevo aquí—añadió, mostrando en bolsa que llevaba fuertemente cogida, como si quisiera defender su tesoro.

—Este caso lo tiene el Código perfectamente previsto—replicó Enrique firmemente.

—Y la posibilidad de que este documento caiga cata misma tarde en manos de su mamá, ¿también la tiene prevista el Código?—dijo con una fina penetración aquella mujer que parecía una víbora, por lo venenosa.

—¡Chavó, qué paya más lista!...

¡Si le da por los jamones no quea uno en España! — murmuró Trini para su colete, mirando a Juanita con ojos encendidos por la ira, desde su escondite.

—Lo que usted pretende es una inmundicia—acusó Enrique, vencido—. Estamos en sus manos. No hay más remedio que destruir esta carta.

Enrique hizo señas a Juanita Céspedes y su hija que pasasen al interior de la casa y vaciló un momento, debatiéndose en encontrados pensamientos. Con el dinero que llevaba en el bolsillo podría comprar para siempre la tranquilidad para su madre con la destrucción de aquella carta comprometedora, dirigida por su padre a aquella cínica mujer, pero ¿y su propia tranquilidad renunciando, aunque fuera por un caso como aquel a su tradicional incorruptibilidad?... No le faltó más que ver a Trini para sulfurarse del todo y descargó en ella su mal humor, complaciéndose en revelarle que al fin sabía de dónde había sacado el dinero del "lagro" que salvó a Rafael, que iba a devolver los otros cinco mil duros que se acababa de encontrar debajo de la alfombra, que haría meter en la cárcel a los dos granujas... y que luego limpiaría el barrio de gitanos.

—¿Conmigo delante, no? — dijo Trini, apesadumbrada por el rencor del fiscal, rencor que no se avenía con el conato de declaración que poco antes había tenido con ella mirándola a los ojos, aquellos ojos que defendían—palabras textuales—cuatro filas de bayonetas... aunque luego quiso retirar el piro.

—Delante o después — repuso, irritado, Enrique. Y, marchándose ya, añadió—: Entreteenga a doña Juanita mientras vuelvo yo. Dígale la buena ventura, a ver si le acierta usted de qué se va a morir...

Y sin añadir palabra salió a la calle dejando en manos de Dios y de la Trini a aquella mujer que podía destruir de un solo golpe y para siempre la alegría infantil de su madre.

—Pasen, pasen ustedes — dijo Trini, encarándose con doña Juanita, dispuesta a hacer ella sola por doña Teresa lo que no había querido hacer su hijo—. Pasen, pasen ustedes al saloncito, que yo las entretendré mientras regresa Enrique. Traigan uséds acá, pónganse cómodas...

Mientras decía esto, cogía el sombrero de la hija y de doña Juanita e intentaba apoderarse del bolso, pero la señora no se dejó sor-

prender, y defendiendo el tesoro con toda su rabia, gritó:

—¿Como no sea a la fuerza no me lo va a quitar!

—¿Qué está usted hablando? — preguntó Trini, haciéndose la extrañada—. Na de fuerza. Yo lo haré por su comodidad... porque si yo me lo propongo me lo da usted por gusto. Tengo poder sobrenatural con las plantas, los bichos y las corrientes marinas. El mundo se remueve con el oco de mi vo.

—Pues a mí no me hace usted ni moverme de la silla.

—¿Pero es que no creea en mis dominios, desconfía?

Don Elías espíaaba desde un rincón del patio lo que ocurría en el saloncito, y así le sorprendió doña Teresa.

—¿Quién hay en el saloncito? — le preguntó.

—No sé...

—¿Con quién habla Trini?

—No sé...

—Voy a ver.

—¡No vayas, mujer, no vayas!

Pero doña Teresa fué y grande fué su sorpresa al ver allí a Juanita Céspedes y a su hija.

—¡Pero si es Juanita Céspedes! — exclamó entrando en el saloncito y dando muestras de una gran alegría al ver a aquella antigua amiga de los tiempos que había pasado en

Valladolid, añorando el sol de su tierra andaluz—. ¡Qué mayorcita está ya la niña! ¡Qué alegría tengo de volverlas a ver! Voy a llamar a Elías, que se alegrará de verlas... ¡Elías! ¡Elías! ¡Que vienen a vernos antiguas amistades!

—¿Cómo está usted, doña Juanita? — preguntó Elías, entrando a su vez en el saloncito, haciendo un esfuerzo sobrehumano para disimular su turbación y el temor que le inspiraba la presencia de aquella mujer—. ¿Y tú, nena? ¡Estás hecha una mujercita! ¿Vienen a vivir a Sevilla?

—Eso depende de la marcha de nuestros asuntos — replicó Juanita con marcada intención, mirando a Elías—. Entretanto, aquí nos tiene muy divertidas con esa gitana que se las echa de pitonisa. Dice que tiene poder sobrenatural, que destruye los mundos y que hace bailar a los caracoles...

—Yo no sé si conseguirá que bailen los caracoles—dijo doña Teresa, riéndose de lo que Juanita decía—, pero con nuestros ojos la hemos visto de hacer un prodigio tan grande que salvó a mi Rafaé. Con querrela toa la vida no se le pagamo.

—¿Tú oyes, resclosa?... Ahora que, enterarse bien, lo mismo sarvo

a un cristiano que le quite la fama a un inocente.

—Pero eso no harás tú nunca— dijo doña Teresa, alarmada.

—En simulacro na más. No se va de aquí esa señora sin conveniarse—dijo Trini, con los ojos luminosos en lo alto, como si pidiera inspiración—. ¿Es cahayero y santo don Elías? ¿Tienes fe en el esposo, mare, sí o no?

—Absoluta, hija mía — replicó doña Teresa, sugestionada por el tono de las palabras de la gitana.

—¿Hay en er mundo mujé más santa que ésta? — preguntó, señalando a Juanita—. ¿No es una amiga tuya de plata y oro?... Pos dame tu mano blanca y no t'asustes, que vas a entrá conmigo en el reino de los farsos testimonios... Por la rama chica der limoná, por la raya invisible de norte a su, er sapo en la horrasca y los siete brazos del candelero, que se vuelva la noche día, carbón la nieve y la amiga y el esposo güeno y santo se conviertan por mi voluntad en dos sinvergoneses.

—¿Y cómo va usted a conseguir eso?—preguntó con desdén Juanita, que no comprendía a dónde quería ir a parar la gitana.

—Por una prueba escrita que estoy poniendo en tu borsó con la máquina de mi deseo:

*Carta de amor
con la firma
de los señores.
La escribió en día
la mano diestra
de don Elías,
por esa serrana
que está a tu vera
vestida Juana.
La prueba escrita
estará a ver.
Ántes er borsó.
Venga er papé.*

Trini alargó la mano y quiso apoderarse del borsó de Juana, pero ésta lo defendió con ira:

—¡Quieta!

—Déjame er borsó y no tengas temó, que no te pasa na... Abre er borsó... o te ahro en caná, por la gloria de mi paré...

—¡Trini, por Dios! — murmuró doña Teresa, queriendo contener a aquella pequeña furia.

—Déjame, que estoy endemoniá. ¿Tú no ves que le he puesto en er borsó una carta de don Elías pidiéndole relasione, y a lo mejó, la tuanta, va a desí que es de veras?

—¿Y quién se lo va a creá, hija de mi arma?... ¡Conoseré yo a mi marido y a doña Juanita!... Abra usié er borsó, mujé, no le demos ese disgusto a la Trini.

—Pues sí... es verdad... Llevo en el borsó un papel que ya no me sirve para nada, porque ¿quién se lo va a creer? — dijo con desdén

Juanita, sacando la carta y entregándosela a doña Teresa—. Verdaderamente, la fe hace milagros.

—¡Pero qué gracioso! ¡Si es la misma letra de mi marido! ¡Fíjate, Elias, tu letra!—exclamó doña Teresa, que no podía hablar de tanta risa y se le saltaban las lágrimas entre las carcajadas que arrojaron al comenzar a leer la carta—. "Querida Juanita"— ¡Uy, qué gracioso, pero qué gracioso! Pero, ¿no te ríes, Elias?

—¡Pues no me he de reír!—replicó Elias soltando una risotada forzada—. ¿Y usted, señora, no se ríe? — preguntó a su vez a doña Juanita.

—Figúrese usted, que estoy tronchando. Vamos, hija, vamos, que es tarde.

—Antes quemaremos esta carta, no la vea Enrique y vaya a suponer lo que no es. ¡Mira que tú con doña Juanita! ¡Pero qué ocurrencie, qué ocurrencie es esa Trini! Voy a contárselo a Enrique ahora mismo... ¿Dónde está Enrique?

—Aspérate, virgen de las cañas, que voy a buscarle—dijo la gitaniña cerrando los ojos y pasándose las manos por la frente—. ¡Ya le veo, está subiendo las escaleras del Juzgado!

Sin dejar de reír doña Teresa fué a llamar por teléfono a su hijo,

mientras Juanita y la muchacha salían a la calle perdida ya la última esperanza.

La alegría de saber salvada a su madre por la gracia castiza de la gitaniña, volvió el cerebro al revés a Enrique. En el mismísimo Juzgado había sabido la noticia por teléfono, se rió mucho y se rieron todos de verle reírse y, viendo entre los procesados a Regalito, que era la cincuenta y una vez que allí se presentaba, lo cogió, le dió un abrazo y le dijo:

—Vamos, compare, a celebrar la gracia serrana de la gitana más hermosa de Sevilla.

—¡Olé!—exclamó Regalito, mirando atónito a aquel señor tan serio que parecía haberse vuelto loco. —¡Esa es mi hermanita! ¡Vamos a celebrarlo con mansaniya!

Cogidos del brazo salieron del Juzgado y cogidos del brazo recorrieron todos los colmados y apuraron caña tras caña hasta que, ahitos, sin poderse apenas sostener en pie, recostado uno en otro y haciendo muchísimas eses, muchas más de las que pronuncian todos los sevillanos juntos, llegaron a casa de Enrique.

En el patio estaban don Elias, doña Teresa y Trini, comentando

són la gracia de la carta, cuando Trini descubrió a los dos borrachines que llegaban.

—¡Demonio! ¿Qué veo? ¡Ay, la justicia, cómo viene!...

Y la comprendió a bostezadas con Regalito, al que de un empujón mandó al agua del pequeño estanque del patinillo, teniendo que protegerlo de sus iras la buena dama Teresa que se lo llevó al interior.

—Y a ti, fisco, ¿no te da vergüenza de que te vean con mi hermano?—dijo entonces Trini a Enrique.

—¿No te han visto a ti con el mío muchas veces?—contestó Enrique, que no estaba tan achispado como Regalito.

—Yo iba a contarte.

—Y yo le canto al toyo y en paz. Y toma, aquí tienes estos diez mil duros, cinco mil que te regalo y otros cinco mil por los que diste a mi hermano.

—¡Chavó! ¿M'habéis tomas por er cajero?

—Bendito sea el mérito del color de bronce. ¡Lo que yo me he reído cuando mi madre me contó por teléfono el lance de la carta! Me ha reído tanto que se me ha muerto la seriedad.

—Toma, pasesito—dijo la Trini acercándose a don Elías y hablándole muy por lo bajo, mientras le

entregaba el dinero—, dale esa cantidad a aquella hija tuya a la que quieres con esa tu arma y a la que no pues ayudar.

—¡Trini, eres un ángel!... Esta tarde has salvado tú la tranquilidad de esta casa. Ahora me ayudas para no dejar abandonada a mi hija. De rodillas que me pasara la vida no te agradecería bastante lo que has hecho por mí.

—Pasa anda, ve a llevárselos y no lo digas a nadie.

Salió don Elías y Trini volvió a acercarse a Enrique que se había quedado serio y pensativo.

—¿Qué cayo estás, chavó.

—Porque papá es muy anticuado y no vamos a entendernos.

—Y conmigo, ¿te entenderías si chamuyáramos la chipéa de las cosas enrevesás?

—Contigo me estoy entendiendo desde que te sentaste en el banquillo—dijo Enrique con vehemencia.

—Te tuve que decir hermosa porque si no te lo digo me muero de repente. Después se ha callado mi boca, pero mis ojitos te están hablando un caló que debe de sonarte como el arpa de David.

—¿Tú ves lo que vale mi raza? Das boritas con mi hermano y vienes hecho un baillón.

—¿Que yo he aprendido de tu

hermano?... Mañana, o cuando le veas, devuélvete el reloj, que se lo he quitao—dijo Enrique, depositando en manos de Trini un viejo reloj de bolsillo que la muchacha reconoció.

—Si que es el de mi hermanito. Pero, oye, ¿y la caena?

—Esa no hay quien se la quite como no sea con un indulto. Como ven nada tengo yo que aprender de nadie. Y menos teniéndote a ti, que eres la ciencia de la vida, de mi vida, que empieza hoy y se acaba en cuanto me digas que no me quieres.

—¿Y quién s'atermina con Perico er Justisiéro? — replicó Trini muy coqueta, mirando a Enrique con sus relucientes ojos apasionados—. ¡Anda, que tengo candale, dime cositas que te las pago a real!

—¿Cómo a real? Las trenzas de tu pelo te cortas tú por que yo te dé los buenos días. Tú viniste a mi casa porque estabas harta de llorar por mí. Porque eres flamenca y te volví loca dándote pares y noes delante de un tribunal. Viniste porque te pedí seis meses y te parecieron pocos...

—Los que me parecen pocos son los duros que m'has dau—replicó Trini haciéndose un poco atrás, con un dejo de altivez—, que ya es mucho presumir pa tan poquito dinero.

—¿Que es poco dinero eso? No t'apures, que el universo es tuyo y mío y nos lo vamos a repartir... ¡Bendita sea la trampa y el ilusionismo y que se mueran los tontos! Gitano soy. Gitano y sabiendo de leyes no va a haber quien me resista. Y voy a empezar por Rosales, al que he mandado llamar... Soy de mucha categoría pa venderme por ese dinero. Ya nos dará más.

Trini miró sorprendida a Enrique. Le tomó la cara entre las manos, le miró fijamente con una mirada muy seria y muy profunda y le dijo:

—¡A ve! Mirame a los ojos... que yo te divine la mi der corazón. ¡Mentira!... ¡Me estás engañando! ¡Me quieres emborýa! Dende que entraste por esa puerta te estoy leyendo las intenciones. Tú no has bebido, ni estás contento, ni me quieres, ni arrojas por la muraya tu fe de cabayero. Me dijiste hermosa y traidonera y aquellas dos palabras formaron una cruz, donde estoy clavada de pies y manos. Y entréste bien: si tú eras un gran señor que se burla de mí, yo te perdono; si te cuervés un granuja por quererme, yo te desprecio...

—¡Así! — exclamó Enrique con aire triunfal—. ¡Así es cómo me gusta verte! Esto es lo que yo necesitaba que tú me dijeras. Esto es lo

que yo quería saber: que no te quedan de gitana más que los volantes del vestido.

Y la atrajo a sí con un mundo de cariño.

—¿Estorbo? — preguntó la voz de Pepe Rosales que había penetrado en el patio sin que nadie se diera cuenta.

—En mi casa nunca y aun menos cuando soy yo mismo quien te ha llamado—replicó Enrique dirigiéndose a Rosales.

—¿Y qué pasa que me has llamado con tanta urgencia?

—Que sin duda, como eres un hombre tan distraído, te dejaste algo dentro de la carpeta de mi despacho, que quiero devolverte. ¿Tú no has echado de menos esa cantidad?

—Yo, no... Llevo mis cuentas diariamente y no he notado nada en falta—replicó Pepe, contentándose.

—Como no sea que los moros hayan querido haberte un regalo...

—Pues a mí no me hacen regalos ni los moros ni los hebreos y quiero devolverte lo tuyo y convencerte de una vez que yo no me vendo ni acepto dinero de nadie.

—Pues el dinero no es mío y yo también soy muy delicado para aceptarlo—contestó Pepe—. Lo que pasa es que me tienes mala voluntad y a lo mejor tienes ahí escondi-

da una pareja y ¡vaya! te digo que el dinero no es mío.

—Ahora mismo te lo llevarás. Trini, venga ese dinero.

—¿Qué dinero? — preguntó la gitana que hacía un rato estaba temblando de miedo.

—El de este señor. El que te he dado antes.

—¡Ay, traidorero! ¡Tú no me has dao na!

—Trini, que estamos hablando en serio.

—Y yo te respondo como si estuviéramos en la agonía. ¿Tú a mí no m'has dao na! ¿Qué quieres, malas tripas? Estás tratando de perder a un inocente y ahora vas a comprometerme a mí. ¡Diga usted que es mentira, que a mí no m'ha dao na!

—No te irrites, hermosura—dijo Pepe mirando complacido a la muchacha—, que ya está te arreglao. En piquiyo no es mío, pero si lo fuera yo tengo mucho gusto en regalártelo, maraviya. Tuyo es. Pa bombones, que a lo mejor no los has comido nunca. ¡Con Dios!

Salió Pepe y Enrique se precipitó sobre Trini, como si quisiera abofetearla. Pero se contuvo y señalándole la puerta gritó enfurecido:

—¡Fuera, fuera de aquí inmediatamente! ¡Codicioso! ¡Has sacado de esta casa todo lo que esperabas! ¡Píentati! ¡Y yo estaba tan

ciego que creí en tu regeneración!
¡Fuera, fuera, fuera!

Trini, muerta el alma, comenzó a caminar con paso lento, cruzando el patio, en espera aun de que Enrique la detuviera con su voz. Pero Enrique se mostraba inflexible. Y de los labios de la gitani-lla, fáciles a la copla, que entona-ban lo mismo un canto de alegría que una saeta de dolor, se escapó en notas desgarradas que vibraban en el silencio nocturno del patio, como un quejido del corazón, esta copla, titulada "Falsa mona":

Cráenos las bramas
pá no matarla,
cráenos las ajas
pá no yorá,
tenid en débil
e perduraria
y abría la puerta
de par en par.
Vete, mujer mala,
vete de mi casa,
vete lo mientito
que la malhabida,
que no desé premio
que es puché que quiere
tus querecos pague,
nague tus querecos
con mala traición.
Dese las negre
vitallos finos
que así delata
cuando se fue
y aqueyas trenzas
de pelo rubio
que en otra sige
corré pá él.
Cuando se marchaba
no intentó mirarle
ni lanzó un quejido
ni le dijo nada.

entornó la puerta
e pa no ramarla
se elevó las ajas,
se elevó las ajas
en el corazón.

RECUERDO

Clama, que tú serás
como la falsa mona,
que de mano en mano va
y ninguno se la quita.

Al llegar a la puerta de la calle no pudo más, la voz se le quebró en un sollozo y se dejó caer en el umbral, llorando desoladamente.

Allí la encontró don Elias que venía de entregar a su hija natural el dinero que Trini le había dado en un rasgo generoso y desprendi-do.

—¿Qué te han hecho a ti, Vir-gensita de las Angustias? ¿Quién te ha hecho llorar a ti, ojitos de Ma-carena?—le preguntó alarmado.

Trini seguía sollozando sin le-vantar la cabeza.

—¡Vamos, ven conmigo. Ven... Entra... Cuéntamelo todo...

—¡No quiero, no quiero!—di-jo Trini resuelta a marcharse.

Pero ya don Elias se había perdi-do en el interior de la casa, grí-tando:

—¡Enrique!... ¡Enrique!... ¡En-rique!...

Y viendo que Enrique no acudía a su llamada, obligó, quieraa que no, a Trini a entrar en la casa, y al

poco, cuando por fin se reunió a él su hijo, le preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí, Enrique?

—Que se acabaron los gitanos, que...

Y le contó lo sucedido, es decir, que Trini, la gitana que no quería delinquir, le había negado, delante del sinvergüenza de Rosales, los diez mil duros que unos momentos antes le diera para probarla en su juego de borracho.

Don Elías, mirando de hito en hito a su hijo, le espetó en plato rostro, con todas las letras:

—¡Idiota!

Y ante el gesto de asombro de Enrique le refirió la noble acción de la maravillosa, santa y sublime gitana. Y añadió, llamando a voces a doña Teresa:

—Vámonos, Teresa.

Pero Enrique, reconociendo su imperdonable error, le atajó así:

—No, quien se va soy yo.

Y acercándose a Trini, que seguía muy triste, pero que esperaba algo, algo muy dulce, le murmuró:

—Trini, tú no te vas, el que se va soy yo para volver a buscarte y llevarte al Juggado. No te asustes,

que será para casarnos, porque aquí te dejo como novia. Pero, no me voy tranquilo, ¿sabes? Cuando Rosales te dijo que te regalaba ese dinero debías haberle contestado de otra manera. ¿O es que te gusta ese hombre?

—A mí lo que me gusta es que te madraquen los pelos — replicó Trini entreabriendo los labios en una de aquellas luminosas sonrisas que daban luz a todo su rostro con la blancura mate de sus dientes prietos y firmes.

—Si es que eres gitana y no me puedo fiar — añadió Enrique, abrazándola tiernamente —. Si en vida de él el color del rostro no voy a vivir tranquilo...

—¡Vete tranquilo, físcá!

Y aunque soy morena clara,
un sufro por mi color.
Como es la Macarena,
y su hijo, Nuestro Señor,
del color de la azucena...

Y como una flor purísima tronchada de amor, dobló su cabecita negra sobre el hombro del amado y entornó los ojos para saborear mejor la delicia incomparable de aquel instante sublime de la entrega total de su corazón.

FIN

**No olviden las mejores
novelas de la simpática
SHIRLEY TEMPLE**

La pequeña coronela
Rebelde
La simpática huerfanita
Ahora y siempre
Gracia y simpatía
Nuestra hijita
y
Ojos cariñosos

Precio: 1'50 ptas. número
Exíjalas siempre en EDICIONES DISTAGNE
Paseo de la Paz, 10 bis - Barcelona

Laia .
5109
300

(366)

no 7539

E. B.